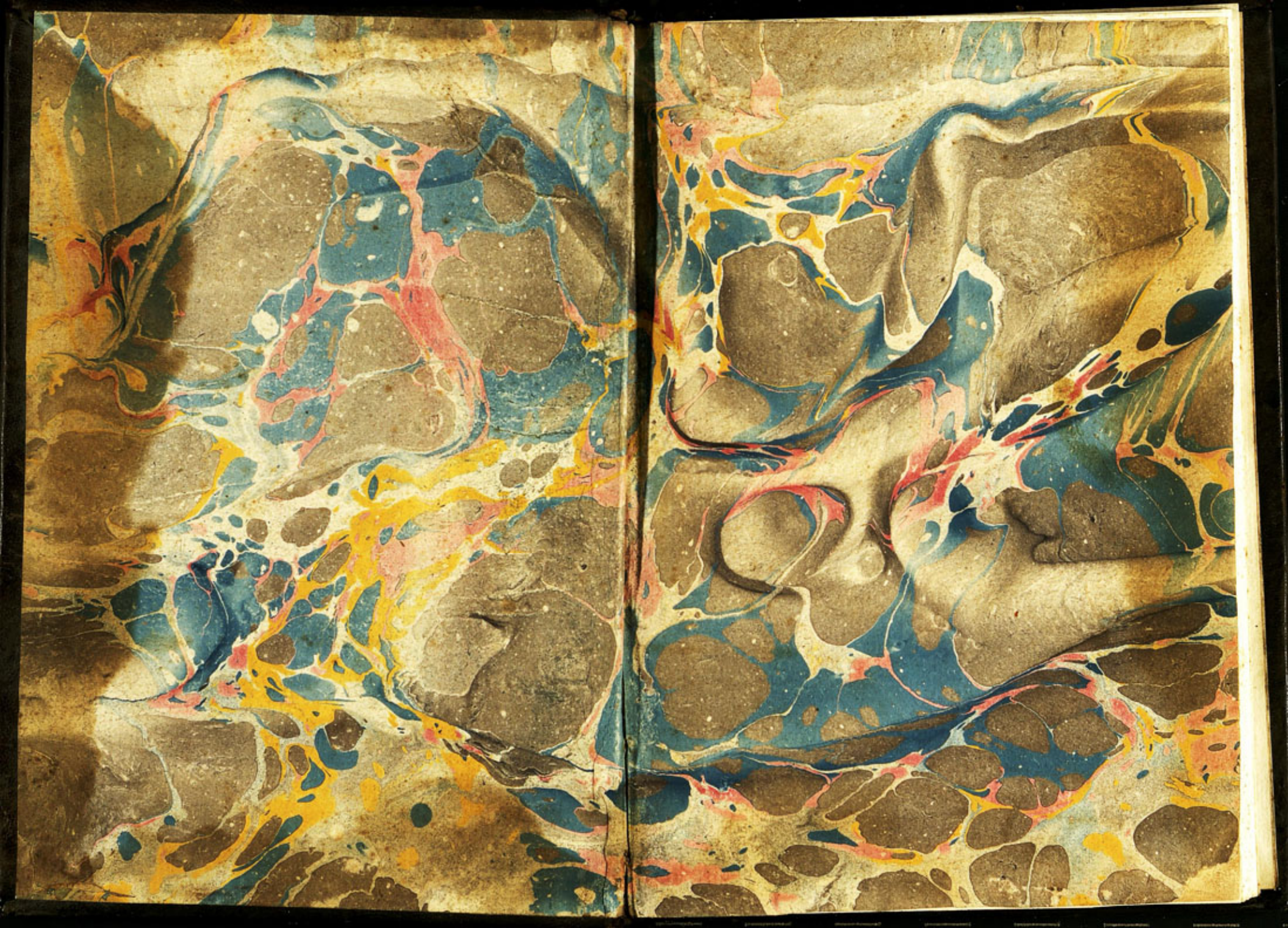
1.
1839

SOBRE
LA
INSTRUC
PUBLIC

BIBLIOTECA
DE LA
Universidad de Salamanca.
Sala 1 Est. 20 Tab. 8 Núm. 37



Donacion del Dr. y cated.co de esta Univ.d D. Juan Antonio Monleon. Salam.ca 26 de Set.e de 1859

31_6_21

1a
18395

b15411345

# MEMORIA
## *SOBRE*
## LA INFLUENCIA
## *DE LA INSTRUCCION PUBLICA*
## EN LA PROSPERIDAD
## *DE LOS ESTADOS:*

POR

DON FRANCISCO DE PAULA
GONZALEZ DE CANDÁMO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA - SALAMANCA -

SALAMANCA:
En la Imprenta de D. Vicente Blanco.
Año de 1820.

## MOTIVOS PORQUE SE REIMPRIME.

*Corrió libremente desde* 1810 *hasta* 1815, *en que los visitadores de la Universidad de Salamanca la delataron al Rey por afrancesada, y liberal; porque, como decian, si la dedicatoria al Rey intruso, y el destino del autor, eran la prueba mas perentoria de afrancesamiento, las idéas de toda la obra no eran otra cosa que las fatales maximas, y los principios destructores, que habian presidido á la llamada constitucion política, formada en las Córtes, tituladas generales, y extraordinarias de la nacion.*

*Atendiendo á tan patrióticos sentimientos, y demas, á que se extendia la caritativa delacion, se acordó la Real órden de* 2 *de Septiembre de* 1816, *por la que, conformandose S. M. con el informe de los visitadores, se sirvió separar de dicha Universidad al autor de la Memoria, y otros once de sus colégas, como inficionados por los errores, que por la fé de Cristo, y el explendor del trono, fueran condenados, proscriptos, y anatematizados en el éternamente memorable* 4 *de Mayo de* 1814.

*Como la religiosa moderacion de la benignisima órden no se extendia á mas que despojar respectivamente á doce Doctores de sus cátedras, suel-*

dos, y émolumentos, y de las prerogativas de sus Grados, ni el ministro que la dictó, ni el Consejo que la registró, y mandó ejecutar, se paraban en la vagatéla de la falta de citacion, y audiencia de los interesados en las actas de visita. Ni podia ocultarse á la profunda política de los PP. visitadores el que tan fútiles, y rutinarias formalidades, solo sirven de eternizar los negocios, y que, llevandolos inquisitorialmente, se terminan tan en brebe, como por juicios conciliatorios, y con tanto mayores ventajas, cuanto las resoluciones por aquella via son rigurosamente ejecutivas, al paso que las de estos juicios de moda, pendiendo de la voluntad, y el capricho de las partes interesadas, rarísima vez corresponden al saludable objeto de su institucion.

Entre tantas, y tan honórificas delaciones, en que la venerable cofradia del Tenebron envolviera al autor de la Memoria, ninguna lisonjéaba tanto su amor propio, como ésta, que úniа su nombre á los de los mas célebres profesores de la Acádemia ilustre, que dió los primeros maestros á la Sorbona; y el verse de cabezéra en la órden exterminadora le habria mas, y mas exáltado, á no conocer que 210 florines anuales de la cátedra de Decreto serian digno premio de algun siervo de los siervos de los churros, que desde 808, hasta 814 se estuvieron en las bibliotecas, leyendo historias de revoluciones.

Algunos de los proscriptos pagaron bien la temeridad de quedarse en la leonéra con 19 meses



de penitencia inter flentes en el Seminario Conciliar; y su suerte ulterior seguramente habria sido la de que, nec in fine communionem acciperent, si una órden tan fatal como la del Marzo mas climatérico no se huviese arrogado la exórbitante autoridad de alzar fuerzas, y violencias, y proteger á hombres revolucionarios, cuando menos levemente sospechosos de levi, y sobre todo formidables al dulce reposo de los padres de la Patria, que en el fausto dia 12 de Abril de 814, restituyendola á su antiguo lustre, y explendor, y el trono de los césares á su omnipotencia, representaron tan dignamente la tierna, patético-moral, y sentimental tragedia nueva, titulada Visperas sicilianas en Valencia.

Por fortuna la indulgentisima órden del 2 de Septiembre de 816, ni la suavisima correccion espiritual de los 19 meses de encierro, en nada vulneraron los deréchos de ciudadano, ni sirviéron de obstáculo, á que tres de los agraciados llevasen la voz de tres provincias al congréso nacional. ¡Abismos de la futurición! ¡Dios incomprensible! ¿Quien nos hubiera dicho, tres años há, allí donde estaban amarrados, que nada menos que los dos primeros fundadores del infernal colegio de Filosofia, que el padre de las Matemáticas en Salamanca, que tambien el primer profesor de Economia política, otro de los mas contagiados del liberalismo, colocados hoy bajo del Solio augusto de los Padres de la Patria, la habian de limpiar de polilla, y langos-

*ta, de gusanos, y reptiles, y tanto pantano inmundo, que, si durasen dos meses mas, causarian con sus putridas exhalaciones la peste de la nacion entera?*

*Siguiendo otro rumbo el autor de la Memoria, refugióse á Herbás; pueblo humanísimo, hospitalario, y generoso, que le colmó de bienes, y de honores, solo por verle atrozmente perseguido por la ferocidad ministerial.*

*Entretanto la indefensa Memoria expiaba el nefando, el irremisible crimen de su autor en haber pasado el Vidasóa por no dejarse degollar á sangre fría por el patriótismo caliente. Y lo que inocentemente penó la pobrecita ¿no es una prueba irrefragable de que la ignorancia, y el error, la supersticion, y el fanatismo, son la peste mas asoladora de la especie humana?*

*Tres veces fué delatada; la 1.ª al Rey por los reverendos visitadores, como ya se ha dicho; la 2.ª al Consejo de Castilla por el fiscal de la Chancillería de Valladolid D. Jaime Paréra; á cuya instancia se unió á un procéso, y se desenterró otro para compulsar un dictámen, que tambien se dará á luz; y la 3.ª á la santa suprema Inquisicion, para que por medio de su ardiente caridad la convirtiese al seno de la Iglesia.*

*Hallandose el autor en la parroquial de uno de los mil pueblos de sus aventuras, advirtió que el sacristan, el monacillo, el barbero, y el fiel de fechos, leyendo, como una gran bula de* toties quo-



*ties á la puerta de la sacristía, le tiraban de cuando en cuando unas miradas terribles : aguardó impaciente, á que despejáran; y, acercandose luego al papelon, lo primero que leyó fué un NOS en letras colosales, que le extremeció. »Nos, de»cia, nos los Inquisidores apostólicos contra la »herética pravedad, y apostasía, hacemos saber »que á nuestra noticia ha llegado haberse escrito, »impreso, ó divulgado varios libros, tratados, y »papeles, que pueden ocasionar la ruina de nues»tras fortunas, digo, la ruina espiritüal de vues»tras almas; los cuales mandamos prohibir, y ex»purgar respectivamente, como aquí se expresa, »y son los siguientes..... Prohibidos aun para los »que tienen licencias..... 1.º Essais sur l' enseigne»ment en général, et sur celui des Matématiques »en particulier par S. E. Lacroix. Se prohibe por »estar llenos estos ensayos de idéas revoluciona»rias, é inducir al atéismo, materialismo, y fa»talismo.*

*»Prohibidos in totum para los que no tienen »licencias..... 16.... Memoria sobre la influencia de »la instruccion pública en la prosperidad de los »Estados por D. Francisco de Paula Gonzalez de »Candámo.... Por contener doctrinas, cuando me»nos, falsas, capciosas, escandalosas, que favore»cen, ó se hacen sospechosas de favorecer el deis»mo, sediciosas, revolucionarias, y perturbadoras »del orden social, moral, y político ¡fuego! ¡qué »bien pertrechada!*

*Tal es la censura de la supréma de las santas.*

*A fin, pues, de que se pueda con conocimiento de causa calificar su juicio, la caridad de los rr. visitadores, el celo del fiscal Paréra, y demas cofrades del* Tenebrón *, se reimprime esta Memoria; de la cual 500 exemplares, que dormian, y habrian eternamente dormido en cierta libreria , fueron, gracias á la actividad de la Señora de la vela verde, despachados en menos de tres dias. Ojalá su lectura no sea desagradable á los sabios en medio de tantos, y tan elocuentes discursos, en que la libertad de la prensa hace hoy brillar al genio español.*

La ignorancia és solo útil á los tiranos. La basa mas firme de un gobierno justo, y liberal, és la instruccion nacional en todos los ramos que influyen en la felicidad de los hombres.

Exâminar la influencia de la instruccion pública en la prosperidad de las naciones és el asunto mas digno del amante de las ciencias, y de los hombres. El oro, y las dignidades sean los eternos objetos de la ambicion, y codicia: el hombre generoso no se propone otros que la dulce satisfaccion de merecer la aprobacion de los sábios, y la gloria de desengañar al linage humano de sus errores. La ignorancia, y el crímen jamas conseguirán éste premio inestimable, ni á la vista de la posteridad podrán adornarse con otros laureles que los vanos títulos heredados de sus mayores, ó los funestos privilegios alcanzados por ruegos, ò perjudiciales servicios.

Yo diré mi sentir con claridad, y sin rebozo: ni la osadía, hija del altivo orgullo, dictará las espresiones, ni los sentimientos de quien, conociendo la verdad, intenta insinuarla; ni la cobarde adulacion, nacida de la bajeza, y sugerida por el sórdido interés, manchará con disfraces mentirosos las ideas del que, penetrado de los derechos de la verdad tiene por el deber mas inviolable respetarlos, y sostenerlos.

Ojalá el deseo de saber diese á mi discurso aquel

ayre magestuoso, que corresponde á la verdad, cuando manifestandose al público, se presenta llena de gracias, cubierta de flores, y adornada de todo lo que la hace amable, y respetuosa.

Ojalá fuera yo tan venturoso que, esponiendo los males sin número que la ignorancia, y el error acumulan sobre los hombres, y los grandes, é inapetecibles bienes que las luces, y la sabiduría les grangean, acertase á demostrar el grande influjo de la instruccion pública sobre la felicidad de los individuos, y la prosperidad de las naciones. Entónces esperaría gozoso que, mirandose los hombres á la orilla del abismo, en que incautos van á despeñarse, volvieran atras sus pasos, y tomasen el camino que les trazó naturaleza para subir á la cumbre de felicidad á que los destina.



Yo pudiera empezar lamentandome de la miserable condicion, y suerte del hombre sobre la tierra; pues, aunque el supremo Criador le ha llamado al alto destino de gobernador, y rey del universo, revestido de caracter tan augusto, entra en la existencia desnudo, dèbil, ignorante, cargado de necesidades, espuesto á males sin número, y es colocado en medio de una naturaleza, que, aun sujeta á su imperio, se atreve á desconocer á su miserable dominador, y, rebelada contra él, hacerle víctima de sus desastrosas catástrofes. Los caracteres que el pincel de la eterna sabiduría dibujó en su alma, los encuentra oscurecidos por una causa prodigiosa; el entendimiento, con que le adornó su autor, sumido en las tinieblas de la ignorancia; la razon sin ideas ni principios, y su corazon, que anhela al bien, no tiene una guia segura ante sus pasos que, precaviendole de los escollos, le muestre las sendas verdaderas. Desamparado en la vasta estension de sus dominios, y abandonado á su debilidad, disfruta la singular prerogativa de ser el autor de su felicidad, ó su desdicha.

Yo no subiré á aquellos remotos, y obscuros siglos, por donde vagan á placer los ingenios libres,

y audaces, para formar la historia del hombre solitario, confundido entre las bestias, y gobernado solo por su instinto. La naturaleza, le afligió sin duda en semejante situacion contraria á su destino; las fieras, le hicieron pasto de su voracidad insaciable; la tierra despreciada le negó un alimento escaso; y, arrastrando en la soledad de los bosques una vida precaria, y desventurada, él no fué en muchos dias sino un soberano abatido de su trono; é ignorante de sus títulos, hasta que la necesidad, la primera maestra de los hombres, éste poderoso estímulo del genio criador, arrancándole, de la inercia en que dormía, puso en accion todas sus facultades, y le dispuso para ser un monarca, digno de mandar, y regir sus estados con acierto.

Mas, careciendo de la luz que guiara su energía, privado de la experiencia que ilustrase su alma, sin conocimientos, sin auxîlios, sin que nadie le alargase una mano bienhechora, corrió ciego á su desgracia, fluctuó entre mil peligros; siempre girando en torno de su felicidad, jamas se fixó en ella; yendo en pos del placer fugitivo, no aprendió sino sombras, ilusiones y desdichas, y primero que tomó las lecciones de la verdad, y del saber, sufrió los amargos y terribles azotes de su ignorancia, y el castigo merecido de su error.

Él formó sociedades con sus semejantes sin saber los principios de la política; estableció leyes sin conocer la naturaleza, abrazó la religion que le sugirió el temor; y sin artes ni ciencias, sin agricultura ni comercio, sin riquezas ni poder, dió una



firmeza estable á su miseria, agravóla con los mismos medios que quiso remediarla, y perpetuóla en las sucesivas generaciones, y su error, é ignorancia fueron los cimientos de la desdicha de sus hijos, y los títulos de la fatal herencia que transmitió á su posteridad.

La ignorancia de los primeros asociados és la causa del vergonzoso estado en que se halla la política: ella crió aquellos monstruosos gobiernos que dan tan poco honor al linage humano, y le hizo pasar de revolucion en revolucion, de gobierno en gobierno, sin que, habiendo sufrido los males de todos, gozase las ventajas de ninguno. Por los primeros errores, desconocidas ú olvidadas las fuentes de la autoridad, se inventaron estraños títulos, y no se colocaron en el cielo, sino para santificar las usurpaciones, y los abusos, ni se estableció su orígen en la tierra, sino para abatirla y menospreciarla. Así obscurecidos los derechos inseparables de la humanidad y sus deberes, ya se autorizó la esclavitud civil, ya la revelion; y no pudiendo hallar el justo medio, pasó el hombre de desgracia en desgracia hasta llegar á envidiar la morada de los leones, y los tigres.

En esta triste vicisitud contrajo la legislacion unos errores que no ha podido deshechar. Yo no afirmaré que las leyes sean los pretestos de la fuerza, diques levantados por el poder con el fin de garantir las antiguas contra las nuevas usurpaciones, y de tener al débil oprimido en la servidumbre; pero, si la ignorancia y el error no hubiesen

tantas veces presidido á su formacion, jamas se las hubiera deshonrado con ésta torpe mancha, ni se decoráran con éste sagrado nombre la inconstante voluntad de un soberano, ni el particular interes de las clases privilegiadas, ni se pensára que su fin era bárbaro placer para hacer rendir al súbdito el fragil cuello bajo un yugo insoportable. Entonces la legislacion no fuéra un informe cáos, en que las opiniones de los hombres se ven mezcladas con las verdades de la naturaleza; la odiosa esencion con las duras obligaciones; la parcialidad con el rigor, y las huellas del carácter de los legisladores con las del poder y las facciones; ni sería un inmenso fárrago de reglamentos, aun no todos en vigor, derramados por inumerables volúmenes indigestos, y desordenados, que arrojando las propiedades y derechos en la mas funesta incertidumbre, los abandona al albedrío de los jueces, y á las cavilaciones del sutil jurisperito; ni los comentarios de éste se erigiéran en leyes que ligaron á los ciudadanos, y se oyeron con mas respeto en los tribunales, que las órdenes del trono; ni su sancion se hubiera hecho arbitraria; ni el delito graduado por una falsa escala, ni pesado el daño en una balanza parcial, é imaginaria, ni los medios de averiguarlo atroces, é insensatos, y por fin ni el interes y la razon, ni la naturaleza y la ley se habrian hecho incompatibles, ni se vería el hombre en la dura necesidad de ser mal ciudadano, ó desnaturalizado, traydor á sus deberes, ó á sus derechos.

Pero ¡qué maravilla, si estaba pervertida la moral de la naturaleza, y la voz de esta soberana legisladora se hallaba sufocada en el corazon, y el pecho de los sabios! La moral vendida al interes de los mortales, era tan arbitraria como sus fundamentos, tan absurda como las voluntades que la regularon, tan variable como los juicios de los hombres, y tan inconstante como sus opiniones. Llena de preceptos encontrados, y de máximas atroces, fué un verdadero campo de guerra, donde se batian el espíritu con el entendimiento, la razon, y las pasiones, los deberes y los intereses, la ley y la conciencia, la naturaleza y la religion, la opinion y la evidencia; sectas contra sectas, partidos contra partidos, naciones contra naciones, hasta invadir el sagrado muro, que separa lo justo de lo injusto, y la virtud del vicio.



Y aun la religion, aquel móvil tan poderoso del hombre, á un tiempo mismo capaz de obrar la felicidad de los estados, y de ser en manos del fanático la peste mas funesta de la tierra: la religion.... Ah! ¿quánto no padeció por el trastorno de ideas, causado por la ignorancia y el error? Ignoróse que era uno mismo el ser poderoso, que con su impulso reunia al hombre en amistosa sociedad con su semejante, y que juntos los conducía al pie de los altares: que era uno mismo el autor de la naturaleza y de la revelacion, y, formandose de sus preceptos dos códigos diversos, y enteramente opuestos, no pudieron esplicarse los deberes naturales, sin dar en la irreligion, ni enseñarse la moral revelada sin ofender la naturaleza y la política.

Puestas en contradiccion, unas veces se sacrificó la religion al bien público, otras la razon á la autoridad, y éstas dos fuentes de conocimientos, encomendadas á diferentes personas, produjeron dos clases de ciudadanos, dos sectas siempre opuestas, y siempre discordantes, que dividieron la sociedad con su doctrina, sacrificaron á sus intereses la razon, el bien del estado, la religion misma, sin que el desprecio que recaía sobre el comun objeto de su culto, les inspirase alguna vez una dulce y saludable tolerancia.

Así lo dictaba la razon, y esto exîgía el honor de la misma divinidad. La santa voz de la naturaleza, que resuena á veces en lo profundo del corazon mas perverso, acusaba al hombre su crímen, y le convidaba con la paz, el amor y la fraternidad; pero un mundano interes le hizo sordo á ella, y, precisándole á tomar á la divinidad por cómplice en sus maldades, apoyò en el cielo las injusticias, y desórdenes que cometió sobre la tierra. Nació la sombría supersticion, hija del temor, y la ignorancia; y los débiles espíritus tocados de ella, transformáronlo todo como por un encanto mágico en las formas que le agradó á la imaginacion amedrentada. La naturaleza, el templo augusto donde resplandecen los benéficos atributos de la deidad, el universo, la obra de su bondad, y sabiduría, se desfiguraron convirtiendólos en un teatro de la cólera de Dios, irritado contra las obras de sus manos.

Consideremos las supersticiones insensatas de los pueblos ignorantes, sus prácticas ridículas, y



sus idéas sobre la Divinidad, las mas extrañas y sacrílegas. ¡Cómo se proscriben de la tierra los placeres inocentes, la alegría, el gozo sencillo de un corazon recto! ¡Cómo se abisma al hombre en la mas negra, y feroz melancolía! ¡Y cómo, imponiéndole las mas duras privaciones, él se lamenta de su funesta y triste situacion, y abandona desmayado el cuidado de mejorarla! ¡Cómo pasa su vida en el llanto, y en las lágrimas, y, pesaroso de haber nacido, se ocupa solo en suspirar por el tardío, y deseado fin de su existencia! La religion, el consuelo de sus males, se le viste de espanto, de lobreguéz, de terror, y de tristeza, y se le presenta adornada con monumentos fúnebres, y con eterna perspectiva de sombras pálidas, y horribles. En lugar de sus divinos preceptos se substituyen las extravagancias de la razon humana: la ley divina, como si fuera insuficiente para el logro de la felicidad, se cubre, y desfigura con las invenciones de los hombres: ya el desempeño de los oficios civiles, el trabajo, el cuidado de su casa, el cultivo de un campo, la industria, la defensa de la patria son empleos de imperfeccion, de mancha y de pecado, y, consagrados de éste modo el ocio, la inutilidad, y la pereza, fuentes de los vicios, se relajaron los vínculos de la sociedad, y se menospreció su bien, y su engrandecimiento.

Los pueblos se envilecieron con un terror pánico, y servil, degradados, y embrutecidos, cayéron en la indolencia, no buscaron la fuente de sus males, y sufriéndolos con estúpida paciencia, esperá-

ron en vano, de un acto extravagante el eficaz remedio de sus calamidades.

El estado que abrigó en su seno estas opiniones, vió menguar por grados su felicidad; pero cuando de éllas nació el fanatismo, todo se conmovió, y vino al suelo. Armado, y violento, quiere poner por obra las locuras mas horrendas: nada alcanza para contener éste monstruo desatado; enfurecido contra el freno, irritado contra los estorbos, semejante á un torrente despeñado que hinche sus corrientes con los diques, y encrespado salta por éllos, arruina, y arrastra cuanto encuentra, así el fanático embiste con la humanidad, y sus derechos, atropella las leyes, desprecia, y pisa las potestades, y, trepando hasta el Cielo, arranca el cetro á la Deidad, se asienta en su trono, y de allí dispara en nombre de élla los rayos de su venganza.

¡Qué de horrores! qué trágicos sucesos! qué sangrientas escenas no presentó sobre el teatro del mundo! Los hombres divididos en sectas, y facciones sedientas de sangre, respirando muertes, y meditando su propia destruccion! ¡Y con cuanto dolor tiendo la vista por los pasados acontecimientos, cuya memoria debiera de estar cubierta de exêcracion! Oh! ¡porqué la posteridad de tantas víctimas, no habrá corrido un velo impenetrable por las páginas de la historia mas llenas de crímenes, y de abominacion! ¡El hombre formado á la imagen de la Divinidad la transformó en un ser parecido á él, y agitada de sus mismas pasiones, y debilidades!



¡Dioses hambrientos á la semejanza de los hombres, no fueron apaciguados sino con libaciones, ofrendas, y sacrificios! Dioses interesados se apropiáron los frutos del trabajo, y del sudor: Dioses implacables, y descontentadizos exigieron perpetuo, é incesante culto: y Dioses mudables hiciéron de la naturaleza un eterno juguete de sus voluntades, y de los caprichos de sus adoradores.

En sus templos se encendieron las hogueras para abrasar las victimas, destinadas al holocausto: torbellinos de humo, torrentes de fuego se levantáron por los templos para aplacar los Dioses criadores, destruyendo en voraces llamaradas á sus inocentes criaturas: arroyos de sangre inundarón los altares de los Dioses mansos, y pacíficos: las bóvedas sagradas resonáron con los agudos alharidos de los infelices sacrificados en honor de Dioses antropófagos: los Sacerdotes venerables, arregazadas sus ropas, armados de cuchillas cortadoras, tuvieron las augustas funciones de degollar útiles, y mansos animales, y, tintos en su sangre, arrancarles con sus santas manos las entrañas aun palpitantes, para observar entre las agonías de la muerte en los músculos yertos, y denegridos, los destinos de los hombres, y las voluntades de sus Dioses.

¡Dichosa la humanidad, si aun asi hubiera logrado aplacar á los Dioses, que en su favor demente se habia imaginado; y si los fingidos crímenes de los hombres reunidos sobre una hostia se hubiesen expiado entre las llamas, ó lavado con una sangre cubierta de maldiciones, élla se ahorrára

otros mas horribles, y atroces espectáculos!

Esposas arrojadas vivas en la pira en que ardía el lívido cadáver de su Esposo.... los esclavos, y sirvientes sumidos en la horrible obscuridad del sepulcro de sus amos.... los penitentes, desgarradas sus carnes, arrastrando por el quieto silencio de las sombras de la noche las pesadas cadenas, atadas á su cuerpo ensangrentado.... naciones enteras armadas con los símbolos de la religion, y la penitencia, y con los instrumentos asoladores de la guerra, en medio de la corrupcion, del libertinage, y desenfreno, desamparar los hogares patrios, marchar á incognitos paises por sendas, solo marcadas con sangre, y con delitos, y usurpar en nombre de Dios las posesiones de su prógimo.... el pacífico ciudadano espiado en el sagrado asilo de su casa.... hasta en el respetable secreto de su corazon.... la calumnia autorizada, y protegida, justificada la infidelidad, y el crímen, mandada la traycion, consagrada la inhumanidad, santificado el furor, y las tiernas señales de la compasion, la lástima, y la piedad acusadas, y convertidas en delito, y el amor.... yo no puedo describrir tales horrores.... ¡Quien me diera el poder expiar con mi llanto todos los crímenes que sugerió el error, y la barbarie! ¡Quán menos funesto le hubiera sido al linage humano dormir en el lecho de una débil, y tranquila ignorancia, que dispertado agravar sus males con los furores del fanatismo, y del sanguinario error! Abrid los fastos de la historia, ¡ó hombres, y mirad quienes maquináron en el secreto hi-



pócrita contra los tronos que ensangrentaron, y con doctrinas sediciosas, fraguadas en el secreto, miná ron el órden, y la autoridad, y trastornáron los gobiernos vacilantes entre las luchas de las opiniones erradas, sublevando los súbditos contra sus legítimos soberanos! ¡Quiénes por falsos dógmas regáron la tierra con la sangre de los miserables, y se enriquecieron con los frutos de su trabajo, y de su industria! ¡Quiénes forjáron las cadenas para oprimir á la desgraciada humanidad, y retenerla en una vil, y vergonzosa servidumbre! ¡Quiénes, apoyados en doctrinas falsas, mancharon sus manos avaras con el hurto, y la rapiña, afligiéron al débil miserable con el peso de sus injusticias, y poder, sembraron la discordia en el asilo de la paz, llevaron el llanto, el luto, y la tristeza á la morada del contento! ¡Quiénes á los hombres, fugitivos de sus fatales destinos, persiguiéron con dagones, y, arrancando bárbaros, y crueles á los niños inocentes de los pechos de sus madres, les hicieron pasto de perros hambrientos, y voraces! Quiénes... yo me estremezco, mis ojos se arrasan de lágrimas, y mi mano trémula apénas puede escribir.

¿Dirá alguno que la supersticion y el fanatismo provienen de las pasiones, é intereses, no de la ignorancia, y el error? Aquellos los engendran, es cierto, en los ánimos pervertidos por las falsas opiniones; pero éstos los apoyan, y justifican, cubriéndolos con el manto de la religion, con los pretextos tantas veces mentirosos del bien público, y del honor de la deidad, con razones especiosas, que

paliándo el orgullo, la ambicion, y la codicia, y disfrazando con la piel del cordero al lobo cruel, justifican á los ojos de la plebe ignorante el crímen, y la iniquidad. ¡Hombres alucinados! desconfiad de los que por intereses de la religion os hacen desgraciados; el honor de Dios está en el bien de sus criaturas; las guerras emprendidas por la causa del cielo, cesarían sino se alcanzáran las victorias en la tierra.

¡O hombres sinceros! abrid las historias, y convenceos de ello; pero no leáis aquellos historiadores asalariados, que vendieron su talento á un poderoso comprador, que prostituyéron su pluma á la fortuna, y á la gloria de una secta, á un sórdido interes, incensando con una servil, y mentirosa adulacion el ídolo que mantenía sobre los espíritus el imperio del error, y la servidumbre; la fuerza ignorante, por justificar la usurpacion ha violado la verdad, y cometido las profanaciones mas sacrílegas; y quando la instruccion, y las luces penetren por los estados, se verá entonces á los enemigos de su felicidad, pálidos, y asustados temblar en su presencia.

¿Cuál es pues este maquiavelísmo político, que por conservar al pueblo en la subordinacion, y dependencia, ha echado mano del engaño, y de la mentira? ¡Extraño proceder! ¡Será acaso que al hombre se le conduce á la felicidad por los senderos del error! ¡El hombre estará pervertido hasta tal punto, que, conociendo el bien, tenga necesidad de la seduccion para mostrársele amable!



¡La naturaleza le habrà dado tan poca propension hácia su felicidad, el interes tendrá para él tan poco atractivo, que, viéndole, no corra en pos de él! ¡Las invenciones humanas serán para gobernarle mas poderosas, que las eternas, y sabias leyes de la naturaleza! ¡La ciencia de un mortal suplirá los defectos del Autor del universo, y enmendará los vicios de sus obras! ¡O ya mas bien, la funesta ambicion, destinando al hombre á un término que no le señaló naturaleza, habrá tenido que presentarle un impulso que élla le negó! ¡La ignorancia será acaso ventajosa, y hará al hombre un ciudadano mejor, y mas sometido! ¿Pero, si la sumision és justa, por qué exîgirla por medios falsos? ¿Si la ley es buena, se hallará su razon en el capricho del hombre, ó en el orden eterno, é invariable de las cosas? ¿Si la ley es conveniente, para qué ocultarla al subdito? Y si no lo és, ¿por qué seducirle á riesgo de que descubierto el fraude, pierda la importante confianza que debe tener en el gobierno, y se recele de obedecer los preceptos verdaderamente útiles á su felicidad? ¿No será de temer, que desengañado un dia diga dentro de sí mismo: »Las leyes que, anunciadas con un terrible, y ma»gestuoso aparato, se dicen bajadas del cielo ins»piradas por un númen tutelar, las he descubier»to manchadas de error, y de injusticia? ¿No será »posible, que mis gefes me engañen, que éstas »inspiraciones, ésta santidad, estos deberes sean »pretestos del interes, y los instrumentos de mi »opresion? Sacudamos pues, este yugo injusto;

» rompamos estos lazos, exâminemos los títulos de » los que gobiernan, y resolvamos el enigmático y » misterioso problema de nuestra obediencia.

¿El ciudadano ignorante no podrá dar entonces en los escollos mas peligrosos, y sacar conseqüencias subversivas del orden, y de la autoridad? ¿No sería de desear en este crítico momento se hallase penetrado de las sabias máximas de la legislacion, y la política, y que para salir del laberinto tuviera en sus manos aquel hilo delicado, que se esconde en el santuario de los gabinetes? ¿Le será perjudicial conocer los verdaderos motivos de sus acciones, no obrando jamás sin la perspectiva de su felicidad? ¿Obedecerá con gusto las leyes cuya benéfica influencia no percibe? ¿O ya no será el colmo de la injusticia, y la barbarie hacerle un delito su transgresion, y castigarle por su desobediencia? ¡Pero que digo! No es mi ánimo disculpar á los delinqüentes, y justificar el crímen: solo intento, legisladores de los hombres, árbitros de sus destinos, haceros entrar dentro de vosotros mismos, para que reflexioneis si los súbditos podrán respetar una ley de cuya justicia no están persuadidos, y si, no conociéndola, las penas con que las sancioneis podrán producir en sus ánimos mas que un odio invencible ácia vosotros, y convertirlos en unos viles hipócritas, falsos, y desgraciados. ¿Habrá nacido el hombre para seguir ciegamente los agenos caprichos, para ser un juguete miserable que se mueva á discrecion de la voluntad de otro, ó será él señor de sí mismo, y de sus acciones? ¿Un ente dotado de razon para gobernarse, de un entendimiento capaz de enamorarse de la virtud siempre que conozca su belleza? Y, ¿siendo un ser razonable, y libre, podrá, cultivando su entendimiento, rendirse sino á la verdad, y á la evidencia?



¿Què podrá obrar en su favor la seducion, y la ignorancia? Un pueblo de hombres se hará un rebaño de seres envilecidos, y degradados, reducidos á la clase de las bestias sin tener su instinto, tomarán sus costumbres, olvidándose de la dignidad de su alma en que está gravada la imágen de su criador. Esclavos abatidos de los vicios, sin energía, sin talento, y sin virtud, no querrán el bien, pues no le conocen; y, privados de los medios de mejorar su situacion, se corromperán en la miseria y el desaliento. La falsedad, el engaño, la doblez, la hipocresía, y la perfidia, las negras sospechas, y la inquieta desconfianza serán los frutos de un alma en que no se sembró sino fraudes, humillaciones, y temores. El hábito continuo de padecer, y sufrir ultrages, destruirá la sensibilidad de su corazon, y endurecido, se hará cruel, y despiadado. Feroz, y bárbaro pagará á otros el mal con la misma inhumanidad que el lo ha recibido; y la costumbre de doblar á todo su cabeza, y de someter su espíritu, le inspirará la caterva de vicios que afligen al esclavo.

Y, ¿serán éstos los ciudadanos generosos que, abrasados en el amor de la patria, é impelidos por un heroísmo noble, sacrifiquen su vida por defenderla? ¿Y se hallarán entre estos los jueces incorrup-

tibles, que jamas abran las manos al sórdido interés, ni se manchen con rapiñas, é injusticias? ¿Y los sabios ministros que lleven con mano firme las riendas del gobierno, y le rijan con equidad, y con acierto? ¿Y, en medio de la ignorancia, de la estupidéz, y la bajeza se formarán aquellos genios vastos que, rompiendo las cadenas de los hábitos arraygados en una nacion, y de las erradas opiniones en que reposa, abran nuevos caminos al entendimiento, formen gloriosos proyectos que inmortalicen su nombre, y la dén un eterno impulso ácia su felicidad? Y de aquí saldrán.... no: reconcentrados en sí mismos, anhelarán solo á endurecerse contra la fatal suerte que los oprime; reducidos á la miseria, privados de los placeres, pondrán su felicidad en la paciencia estúpida, y en el duro sufrimiento, sin conocimiento de los medios de evitar sus desgracias, sin valor para arrancarse de ellas, formaránse una moral feroz, negativa, y bárbara; por colmo de su perfeccion procurarán, y aspirarán á igualarse con las bestias: la tristeza, y melancolía, engendradas por las privaciones, y el dolor, harán su espíritu sombrío, feroz, y misantrópico, y, reduciendolos á un egoismo pernicioso, les inspirarán una estúpida indolencia, un helado estoicismo, y una fria indiferencia ácia la felicidad, y la suerte de su pátria.

¡Y ojalá que en estos miembros jamas llorára la pátria sino su inutilidad! ¡Pluguiera á Dios, que en el sombrío interior de un corazon que nunca se franqueó á la alegría, al gozo, y al placer, que



en el ocio, y desvaríos de un espíritu, jamás ocupado de su felicidad, no se concibiesen los delitos mas horrendos, y las idéas mas abominables! ¡Qué no habrá que temer de unos hombres, que, imposibilitados de mejorar su suerte, nada tienen que perder sino la vida que aborrecen, nada que esperar sino el termino de sus desdichas, y nada mas en qué ocupar una imaginacion exacervada en la opresion, que en meditar una segura, y completa venganza, y dar una prueba funesta de que jamás se hollaron impunemente los derechos respetables de los hombres!

El soberano, que descuida de la instruccion de sus estados, y no procura sacar á sus pueblos de la ignorancia en que miserablemente se corrompen, omite el medio mas humano, seguro, y legítimo, para contenerlos en la dependencia y sumision. ¡Qué! ¿bastará ordenar, y publicar leyes, bastará hacer sentir á los súbditos el peso de la autoridad, aterrarlos con amenazas y castigos, exigir juramentos que detesta la conciencia, para conseguir un pronto, y fiel obedecimiento? Es, ciertamente, no conocer el corazon del hombre, el manejarle por los resortes del temor, conduciéndole á la semejanza de las bestias por las riendas de la autoridad, pues teniendo un sentimiento, aunque confuso, de su independencia, dictado cuando menos por su amor propio, cree, que sin razon no hay, ni obediencia justa, ni autoridad legítima, y basta un solo impulso de éste amor para hacerle atropellar todos los términos de la equidad, ignorando los motivos

que debieran contenerle.

¡Qué estraño será pues que á cada paso se quebranten las leyes, y que infinitas hayan tenido jamás la debida egecucion, si se ignora su espíritu, y los principios de justicia que las dictaron! Yo no quisiera individualizar mi crítica; pero cuando veo aun permanentes los restos de la ferocidad, y barbárie feudal, eludidas unas leyes, y menospreciada la sancion de otras; cuando á pesar de toda su utilidad contemplo deshonrados tantos empleos de la sociedad, envilecida lo profesion del labrador, y negociante, pereciendo en el desprecio, la miseria, y abandono al bravo soldado, y al atrevido marino; y despues los comparo con los que, sin retribuir servicio alguno al estado, nadan en la opulencia, y los honores, nadan en las lágrimas, y sobre el sudor de los infelices que los sostienen; cuando veo todo esto me convenzo de que la ignorancia de los verdaderos principios del órden autoriza, y consagra tales escándalos, injusticias, y desarreglos.

Y á la verdad, ¿qué valen todas las ordenanzas, si el legislador no reforma las costumbres? ¿Y éstas cúales serán si la sana opinion no las gobierna? La opinion, verdadera soberana de los hombres, cuyo dilatado imperio se estiende desde los palacios de los Reyes hasta las cabañas mas humildes; desde el Sultan soberbio que huella todos los principios de la humanidad, desde el poderoso contra quien viene á estrellarse todo el vano rigor de las leyes, hasta el esclavo envilecido, que arrastra cobarde el



peso de sus cadenas; la opinion, basa sobre que se levantó la grandeza y el poder de una potencia que hizo temblar en sus tronos á los Monarcas mas poderosos; la opinion, que retiene á todos en su deber, é inspira las acciones mas heróycas; y finalmente, la opinion, que previene el crímen en su fuente, y pone las leyes en un respeto mas inviolable que todo el aparato de los Tribunales, Magistrados, y Ministros.

Mas, el error y la ignorancia no solo descomponen las ruedas de ésta máquina política, sino que privan á los Estados de la prosperidad que dimana de los conocimientos útiles de las artes, de la industria, y del comercio. Los pueblos ignorantes en la física, atribuyendo todos los fenómenos naturales á la inmediata voluntad de alguna divinidad amiga, ó enemiga, vegetaron en una resignacion estúpida con élla, sin procurar el prevenir por medios naturales, ó corregir con la prudencia humana, su influxo. Si la peste asolaba los hombres y los ganados, lo que escapaba de su contagio, caía bajo el sagrado cuchillo para aplacar al Dios que la enviaba: si la esterilidad afligía las campiñas á que el cielo negaba sus rocíos, las lágrimas que en vano derramaba el labrador, bastáran á fecundarlas si con ellas hubiera regado sus campos: si los pantanos que infestaban la atmósfera, si el insecto devorador de los frutos de la tierra amenazaban con las hambres crueles, y la mortal peste, el tiempo precioso invertido en extravagancias hubiera sobrado para agotar la fuente de los males,

si la ignorancia no la hubiera cercado de obscuridades, y tinieblas. ¡Cuál fué el pavor del hombre, cuál su consternacion, y espanto, á la vista de los fenómenos aun mas bien hechores, y sencillos! Cuando la naturaleza por limpiar el ayre cargado de dañosas exâlaciones, y vapores, preparaba en las pardas nubes el rayo, y la tempestad para consumirlos, y precipitarlos, postrado el hombre temeroso levantaba sus manos trémulas al cielo, y atraía sobre su cabeza el rayo con aquellos medios de que se valía para ahuyentarlo. Cuando los alimentos corrompidos, la habitacion enferma, el vestido sucio, y el régimen perjudicial, le privaban de la salud, y la alegría, los amulétos, y talismanes se emplearon solo para restablecerlas. La necia persuasion de los dias aciagos, y fatales, las pueriles observaciones de la astrología caprichosa ¡cuántas veces interrumpiéron los negocios mas interesantes de la vida! ¡Cuántas los fuertes guerreros, desanimados con un casual suceso, intímidados con el siniestro canto de un ave despreciable, dejaron caer la espada de la mano, y, resistiendose á pelear, sufrieron el vencimiento y la derrota! Y ¡cuántas aquellos míseros reyes, y poderosos conmobidos con la obscuridad de un eclipse, ó con la nueva aparicion de un cometa en presencia del fatal, y supuesto mensagero de su ruina, temblaron despavoridos en sus tronos, y palacios!

Jamás acabára si me empeñase en recorrer todos los males que le vinieron al hombre por la ignorancia, y el error. Yo tendría que mostrar la agri-



cultura, único manantial de las verdaderas riquezas del estado, aniquilada, careciendo de los importantes instrumentos que la hacen florecer, y gimiendo de verse oprimida con las feudales costumbres, y egercida por brazos despreciados de quien solo tiene por glorioso destruir á los hombres en la guerra; las artes, y los oficios sin máquinas para egercerlos, sin métodos razonados para enseñarlos, destituidos del auxîlio de las ciencias, trabados con una rutina miserable, y abandonados en manos esclavas, y menesterosas; las ciencias, estos dones del cielo, hijas, y frutos queridos de la abundancia, y de la paz, las ciencias, esclavizadas en gremios y corporaciones, siervas de los partidos y facciones, instrumentos para eternizar los intereses y las discordias, empleadas no en buscar con sinceridad la verdad, sino en explicar, en justificar los usos y preocupaciones heredadas en mantener su imperio, en perpetuar sus males, y en obscurecer mas que en ilustrar al entendimiento. El comercio, éste organo de las riquezas, de las luces, y cultura de los pueblos, que mantiene las importantes relaciones entre los mas apartados y distantes; esta lluvia de oro, que fertiliza los estados, haciendo correr rios de leche, y miel por las campiñas; que fomenta las artes, la industria, y el cultivo de la tierra; que aumenta los goces de la vida, y derrama la felicidad por las naciones; el comercio precario sin una agricultura floreciente, hecho sin especulacion y sin principios, encomendado á gentes deshonradas á los ojos del estado, coartado

con privilegios odiosos, molestado con reglamentos bárbaros, limitado á compañías exclusivas, guerreras, y conquistadoras, é impedido en su curso por intereses personales; y por fin, la industria envilecida, agoviada de impuestos y tributos, sugeta á formalidades que, inventadas por promoverla, solo sirven para hacerla odiosa, y arruinarla.

¿Y qué juzgariamos de la mayor parte de las instituciones sociales, cuyo objeto si fué remediar los males, el efecto ha sido perpetuarlos, y consagrarlos? ¿Qué de aquellos títulos, y nombres por cuya virtud se ha mudado la naturaleza de los hombres, y las cosas, y hecho del servicio público un testimonio de bajeza, y adherida á las esenciones, y privilegios la idéa de elevacion, y de grandeza? ¿Qué de las fundaciones, y obras tenidas vulgarmente por piadosas, testimonios eternos de la vanidad, ó ya de una caridad poco ilustrada, que empobrecen á los sanos por curar á los enfermos, enriquecen á los ricos sin aliviar á los pobres, que dan fomento á la holgazanería, sin darlo á la piedad, cuyos objetos eternizan, que extravian los sentimientos naturales, y agravan todos los males sin remediar ninguno? ¿Qué de aquellos ramos los mas importantes, y tan descuidados que apenas los legisladores modernos se dignan contemplar? Hablo de los ramos diferentes de la educacion moral, y física que se hallan en el estado mas deplorable, y lastimoso, sin que nadie procure abrir los ojos para ver los abusos, y máximas dañosas que la arreglan, y hacen de la vida humana una cadena de



miserias tan continuas que desde la cuna hasta el sepulcro puede el hombre contar por sus desdichas los momentos todos de su existencia.

Salido á luz, agarrotados por preocupaciones bárbaras sus miembros delicados, se le prohibe la inocente libertad, la accion, y desarrollo de su cuerpo; alimentos nada saludables le dan los primeros jugos que alteran su organizacion, y sus humores; y madres, y amas ignorantes le sugetan á reglas caprichosas, y las primeras idéas que le infunden son el primer eslabon de su miseria. Ya grandecito se le pone bajo la direccion de pedagogos impertinentes, ó de maestros enfadosos, que con el azote enarbolado solo intentan inspirarle el encogimiento, y el terror, intimidar su inocente corazon, y privarle de la dulce, y pura alegría que solo se gusta en aquella tierna edad; abrumar su entendimiento con máximas, reglas, y preceptos, que no es posible á un jóven percibir, y sembrar en su alma las semillas del error, y la falsa ciencia. Pasando á las Universidades, allí es donde el pedantísmo y la charlatanería le aturden á gritos, y á puros trabajos, y fatigas logra retener en la memoria aquella bachillería, decorada con el pomposo nombre de ciencia, y facultad, monumentos vivos de la ignorancia de nuestros antepasados, y testimonio irrefragable de la estravagancia de los sabios. ¡Qué libros! ¡qué métodos! ¡qué materias! ¡qué idéas! Todo admira, y asombra la imaginacion del hombre sensato, é ilustrado. Dichoso el jóven que nada aprendió, ó que al momento lo olvidó: él no tendrá que combatir

largamente contra el error arraygado ya en su alma, cuando quiera entrar en la carrera de la verdadera ciencia. Si sube á los empleos públicos, allí verá con las lágrimas en los ojos los fatales efectos de la ignorancia; y, si la educacion le dejó algunos restos de sensibilidad, estará de continuo atormentado á la vista de los males públicos que dimanan del error: y cuando sus años le vayan acercando á la soledad del negro sepúlcro, aun en aquellos tristes momentos los espectros de la supersticion.... yo me callo, y gimo al considerar como la ignorancia ha tendido por todas partes su velo obscuro, y tenebroso; como el error semejante á un sutil veneno ha cundido por las naciones, ha infestado los mejores establecimientos, frustrado las intenciones mas sinceras, hecho degenerar los usos mas provechosos, y llevado á todas partes la miseria, la desolacion, y la infelicidad.

El hombre, degradado por el error, y la ignorancia, desconoció su orígen, su naturaleza, sus deberes, y su destino; tomó un carácter feroz, y melancólico, y convirtió la tierra en un valle de lágrimas, en un campo de miserias, y desolacion; hizo de la sociedad el teatro de sus crímenes, y el fatal instrumento de sus desdichas. Las pasiones bienhechoras fuéron el orígen de los delitos; las ciencias los baluartes del error, las artes, la industria, el comercio, y el trabajo, el sello de la ignominia, y la bajeza; y, ya palpitando en las tinieblas, ya fluctuando á discrecion del error, no se encontró jamás sino con baxíos, escollos, y monstruos que le hiciéron



suspirar por el término de su vida miserable. Corramos pues, el velo por este cuadro espantoso, y lúgubre, fijemos la atencion sobre objetos mas risueños, y agradables; pongamos al hombre en las sendas que le trazó la sabia naturaleza, y abriendo á su vista el libro de su destino, hagámosle leer en él la página en que con eternos, é indelebles caracteres está escrita la necesidad de la instruccion, y de las luces, para seguir en paz, y quietud el círculo que ha de describir sobre la tierra.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Si hay alguna tradicion antigua constantemente reconocida en casi todos los pueblos de la tierra, es que los Dioses, que, tocados en el olimpo de los males de la humanidad, se dignaron bajar á socorrerla, eligieron el medio de instruir á los hombres, y de llevarles á la felicidad, y á la virtud, por el camino de la verdad, y la sabiduría. Ellos, así como los grandes legisladores, y filósofos, conspiráron como de acuerdo á combatir la tiranía de la ignorancia, y á derribar el imperio del error, que sostenidos sobre ilusiones falsas, y sobre opiniones erradas, y venerables, reducian á los hombres á la fatal necesidad de ser malos, é infelices por principios asentados de sectas, y sistemas. El vicio

no era pues en su sentir, mas que un error practicado, y la virtud no era otra cosa, que la sabiduría aplicada á la conducta de la vida, una ciencia, que, desnudando los objetos de los falsos colores con que les adornan el error y la ignorancia, arrastra al hombre de un modo irresistible ácia lo bueno con la fuerza de la evidencia, y del imperioso atractivo de la verdad. La instruccion ha sido pues, en el entender de todos los sabios, la basa fundamental de la prosperidad de los estados; y la esperiencia de todos los siglos tiene acreditado que las naciones ilusas, é ignorantes, que por muchos años gimieron en la infelicidad, y miseria, no se levántaron á la cumbre de la felicidad hasta que adquiriéron luces, y cultiváron la instruccion, y la sabiduría. Los enemigos de los hombres, empeñados en llevar á ejecucion los proyectos que concibieron de saquearlos, y envolverlos en sus cadenas, quisieron tenerlos siempre rodeados de tinieblas, y adormecidos en el sueño vergonzoso del error.

Mas, si éllos por aumentar la suma de la felicidad, y poner á cubierto sus derechos naturales, juzgan conveniente reunirse en estrecha sociedad, y, estableciendo leyes, magistrados, y soberano, organizarse, y erigirse en lo que llamamos un pueblo y un estado ¿cómo podrán lograr el fin de su asociacion, y evitar los males á que está expuesta no teniendo los precisos conocimientos en la ciencia del gobierno? ¿Cómo sin la moral donde ha de tomarse el conocimiento del hombre, y de sus móviles, sin la política que enseña los fundamentos del



gobierno, y sus fines, y establece reglas seguras para concordar los intereses particulares con los de la sociedad general; cómo sin estos auxilios podrán formar una legislacion justa, y sabia? ¿Hacer una justa distribucion de los poderes esenciales de toda constitucion, fijar los límites que deben separarlos, y arreglar los derechos, y deberes del estado gobernante, y gobernado, para que la máquina social siga su marcha en orden sin que las pasiones, y los interéses sediciosos la retarden, ni los impulsos del poder arbitrario, y despótico la aceleren, y precipiten?

Para desatar, y resolver varios problemas de la política, complicados, y difíciles en extremo, cuando las relaciones sociales llegaron á multiplicarse demasiado ¿no será preciso entrar en indagaciones sútiles, y acaso valerse de las luces que la historia nos ha transmitido sobre los antigüos, y sabios pueblos de la tierra, tomar consejos de su experiencia, que es la mejor maestra, y el verdadero crisól de los establecimientos, y sacar una vez provecho de sus errores, y sus desgracias? Pero no pensémos que sería conveniente, ignorando los verdaderos principios del gobierno, mirar sus instituciones sociales con un ciego respeto, y reputarlas por unos modelos dignos de una servil imitacion. La ciencia de las relaciones, poco conocida en la antigüedad, no pudo dictar todas sus leyes políticas, fundadas muchas de éllas sobre preocupaciones, y costumbres perniciosas; ni los historiadores, casi todos atentos á ensalzar las hazañas de sus héroes, cuidaron

siempre del objeto principal, y mas interesante de la historia, el exámen de las causas que produjeron ciertos fenómenos políticos, y el dar una prueba incontrastable á la posteridad, de que solo han prosperado las naciones cuando observáron con exactitud las eternas leyes del órden, y la sabiduría.

El conocimiento de estas leyes debe indubitablemente preceder á la formacion de un código, digno de la humanidad; de un código en que no estén insertas aquellas rancias preocupaciones que vienen de mano en mano sin que nadie se haya dedicado á examinarlas, y que solo se componga de los mandatos de la razon, y los preceptos de la naturaleza, que es la legisladora suprema de los hombres. Las leyes de este código serán pocas, claras, y sencillas; y serán la espresion de la voluntad pública, el deseo y querer de todos los ciudadanos. Serán las mejores, y mas justas, porque el individuo, aspirando siempre á su mayor felicidad, no podrá convenir en sacrificio alguno como de él no le resulte mayor bien. Ordenadas, y dispuestas de modo que puedan comprenderlas todos los que tienen obligacion de observarlas, declaradas en la forma mas auténtica, y magestuosa, se incorporarán todas en el sagrado código nacional, y en él, pues se hallan espresados con precision, y claridad las obligaciones, y los derechos de todos, no se dará jamás entrada á los ardídes, á las falsas, y sútiles interpretaciones de los Jurisconsultos, cuyos juicios cobraron injustamente de la ignorancia una veneracion estupenda, y perjudicial. De este modo el



soberano, y el legislador podrán llegar á ser los émulos, y la imágen de la divinidad, en cuyas obras resplandecen á un mismo tiempo la verdad, y la justicia, la fecundidad, y la simplicidad de los medios con la elevacion, y nobleza de los fines.

Así el ciudadano tendrá ante sus ojos la regla de su conducta, y la norma de sus acciones: la ignorancia no le hará incurrir en la transgresion de sus deberes, en el olvido de sus derechos, ni le precisará á encomendar la defensa de ellos á agentes mercenarios, poco interesados en conservarlos, y el estado ahorraría esta clase de gentes de ley, que los defectos de ella hacen indispensables, y ganaría no solo derribando sus escandalosas fortunas, levantadas sobre las privadas desgracias, sino tambien empleándolas en ocupaciones pacíficas, y útiles al comun. Por este medio se atajarían las discordias, y los pleytos que arruinan las costumbres, y consumen en los juicios forenses el patrimonio de los mayores, y el dulce fruto del trabajo; y por fin se lograría moderar esta autoridad que por su ministerio se ha alzado con un supersticioso respeto, enemigo de aquella justa igualdad de que deben gozar todos los miembros del estado. El soberano, dando al público árbitros, y jueces de paz, que sin las formalidades del foro, ni el estrépito del juicio decidiesen las contenciones legales, desempeñaría una de sus mas esenciales obligaciones, la de mantener la paz, y tranquilidad pública en sus dominios.

Siendo la legislacion justa, y el pueblo ilustrado, sería bien superflua la fuerza coactiva, y el apa-

rato militar de la justicia. ¡Extraña invencion por cierto! ¡Fuerza armada para hacer ejecutar al ciudadano su misma voluntad, terror y violencia para que obre lo que es conveniente; estado habitual de guerra para mantener la paz! Pero dicen hay súbditos díscolos, y rebeldes: pero ¿cómo podrá serlo ninguno á su interes?

¿Tiénenlo en quebrantar las leyes que solo deben mirar al bien público? Luego las leyes son parciales, é injustas, pues perjudican á los particulares. Estos no conocen sus verdaderos intereses. Luego el gobierno deberá ilustrarlos sobre ellos, sin lo cual no podrán ser súbditos obedientes. El malo tiene interés en su perversidad. Luego no es ventajoso el ser buen ciudadano, y las leyes deben reformarse, y caso que subsistan, ¿se podrá jamás conseguir el que se observen? El súbdito debe obedecer. ¡Miserable recurso! ¿no tiene éste una ley primitiva impuesta por el Criador á todo ser sensible, y anterior á toda convencion humana, una ley inviolable, é imprescriptible? Pues ¿á cual dará la preferencia? ¿En daño suyo desobedeciera á Dios por sujetarse al hombre?

Jamás podrá un estado evitar ésta contrariedad si no se instruye en el conocimiento de las leyes que la naturaleza dió al hombre, y cuyo grande objeto es la conservacion, y el bien estar de la especie humana. Con él podrá arreglar sus pasiones, y hacerlas servir sin violencia á la utilidad comun; subordinar las inclinaciones, y movimientos particulares, y acordarlos en la máquina de la so-



ciedad, de modo que solo resulte uno general que asegure la prosperidad del cuerpo social, y de sus miembros. Estos solo detestarán el vicio, y las pasiones desarregladas, cuando estén convencidos de sus funestas conseqüencias, y jamás amarán la virtud como no vean los dias del virtuoso coronados de honor y bendicion, y en su serena frente estampados el gozo y la paz en que su alma se inunda. Ser buen ciudadano, y útil á la patria, solo será la suprema ley, cuando solo se concedan á su observancia los honores, y las distinciones públicas, y se persiga con una infamia inevitable lo que la es inútil, como lo que la es perjudicial. Entónces todos se apresurarán á desempeñar sus deberes para gozar á la sombra de las leyes de su proteccion, y de la inestimable paz. Premiada la virtud, y honrado el mérito, el padre de familias procurará inspirar su amor en el tierno corazon de sus hijos, que serán mas gloriosos con éste patrimonio que con los vanos nombres, los títulos, y las riquezas, y llegará dia en que desaparecerán aquellas gentes que, infatuadas de una vanidad, y de un honor estravagante, afligen al estado con el peso de su fastidio, y de su inútil existencia: todos se harán aplicados, industríosos, de amable carácter, y de costumbres dulces, y la nacion compuesta de tales individuos, será rica, feliz, y poderosa.

Y ¿cómo habian de verse en ella delinqüentes? El crímen proviene de la ignorancia, que, embruteciendo al hombre, le hace ser feroz, é injusto. Quien conoce las dulzuras de la virtud, la indeci-

ble satisfaccion de una buena conciencia, el precio del amor, y de la estimacion de sus conciudadanos, respeta la opinion pública, y gusta del honor, se ve ligado al bien con unas ataduras que jamás podrá romper: de continuo presentes á su imaginacion estos motivos, no dará en su corazon abrigo á cualquiera idéa que pueda envilecerle á los ojos de los hombres, por cuyos elogios anhéla: en el retiro, y el silencio le clamarán con gritos que no pueda menos de escuchar, y la imágen del honor, y de la infamia, de la afrenta y de la gloria caminarán con él á todas partes. Pero, si la ignorancia, que abate, y pervierte el corazon, si el espectáculo, siempre presente, de la injusticia llega á debilitar la fuerza, y energía de éstos resortes, la sociedad está ya puesta en el camino de su ruina: si se tributan elogios á la inútilidad, y al crímen, el ciudadano es fuerza que luche sin cesar, ó contra la opinion, ó contra el sentimiento de su deber; y cuando la virtud del hombre, y del ciudadano lleguen á hacerse diversas, el caracter del pueblo tomará el tinte de una inconstancia, y contradiccion chocante, y dura; y si el ódio, y el deshonor público, en vez de las acciones perjudiciales persiguen á la equidad, y la honradez, entonces el vicio se presentará descaradamente, cubierto de gloria, y de alabanzas; y la virtud, paciente, y despreciada, tendrá que apoyarse contra la ingratitud, é injusticia de los hombres en los premios que se la muestran á lo léjos, ó en la dulce, é interior satisfaccion del bien que ha practicado.



¿Y en una sociedad como ésta se presentarán en los castigos egemplares las lecciones de la moral? ¡Ah! El terrible, y furioso aparato de la justicia, que persigue un criminal, llenaría de horror, y de estremecimiento á unos corazones blandos, y sensibles á las penas; aquellos móviles que al hombre le conducen ácia lo bueno por las sendas del terror, y la servidumbre, apoyos débiles de la rectitud de un corazon viciado; las penas, aquellos males con que se amenaza, y escarmienta al miserable, que no tiene bien alguno que conseguir con la observancia de una ley; las penas tan superfluas cuando la ley es sabia, y tan inútiles cuando sancionan leyes contrarias al interés individual, y que jamás produjeron sino hipócritas, ó desgraciados; las penas no debieran hacer las veces de la opinion, ni servir de diques para evitar los males que la ilustracion sola puede prevenir, y atajar en su orígen: y por siempre quedarán proscriptos aquellos bárbaros, y atroces espectáculos, reprobados por la humanidad, y la política, en que con una fria y reflexa lentitud, en medio de una farsa ridícula, é insultante, se arrastra al delinqüente al último suplicio.

Porque á la verdad ¿quiénes son las víctimas que en estos trágicos, y sangrientos sacrificios se inmolan á la vindicta pública? Hombres miserables, que desde su nacimiento fueron ultrajados por las leyes, y de los brazos de la naturaleza trasladados á los de la miseria, y abandono: desgraciados, que de la sociedad no recibieron, ni la educacion, ni la subsistencia á que tenian derecho, ni otros cuida-

dos que el de destinarlos á los trabajos duros, inhumanos, y aun homicidas; infelices, que jamás pudieron aprender los medios de ganar con honradéz su sustento, ni sintieron una sola vez el dulce placer de la independencia de una condicion privada, y de la tranquilidad doméstica; hombres, que interiormente convencidos de la injusticia de su mísera situacion, no tuviéron otros medios para arrancarse de ella que abandonarse á los desórdenes, y á los delitos, no reparando en la pérdida del honor, y las comodidades que no tenian, ni exponer una vida penosa que no amaban.

Mas el hombre instruido busca su bien estar por los medios infalibles que le sugieren la sabiduría, y la prudencia: no obra contra las leyes, pues, conociendo las conseqüencias de la transgresion, nada le mueven los bienes momentáneos que ésta pudiera arrancarle; ama su vida, su honor, y su fortuna, y nada arriesgará por el crímen: conoce sus derechos y obligaciones, y, si padece alguna vejacion, tendrá por mejor sufrirla que aventurar en riñas, y pendencias su justicia, y el sosiego que disfruta: es compasivo, y condolido de las miserias agenas, las remedia con ternura y con amor: es benéfico, pues quiere ser feliz con la felicidad que causa: es justo, la conciencia del crímen sería intolerable á su alma noble, y generosa: es templado, pues ve los felices efectos de la moderacion, y frugalidad; es benigno, consolador, afable, paciente, humilde, y en todo virtuoso, pues ha gustado de la virtud las dulzuras, y atractivos.



Dirá acaso alguno que el corazon rehusa á veces lo que dicta el espíritu, y que la voluntad puede inclinarse á un partido que la razon desaprueba. Mas entonces no sería ya la voluntad ciega, indeterminada, y regida por el entendimiento, sino una potencia capaz de conducirse á sí misma, y de obrar contra el dictámen de aquel; una facultad capaz de mover al hombre en un sentido contrario, ó en una direccion opuesta á la de su espíritu; y en este caso, arrebatado por contrarios movimientos, quedaría en una imposibilidad fatal, é insuperable de abrazar partido alguno. Esta contradiccion, esta lucha es pues un efecto de la ignorancia ó del error, que á veces arrastra al hombre á acciones que el corazon rehusa, ó de habitos viciosos, y perversos, que, arraygados en el alma, estorvan el seguimiento de un bien opuesto á ellos. Pero ¡feliz condicion la del hombre! Él tiene un entendimiento para descubrir los falsos alhagos, y penetrar las sugestiones engañosas de un apetito desordenado, y una voluntad para resistir al dictámen de un entendimiento alucinado en su daño, y pervertido por el error. ¡Dichosa, y sabia union de dos potencias diversas! El hombre no podrá correr á su desdicha sin romper éstos dos frenos, sin arruinar la doble barréra que se opone á su mal y sin caminar á un tiempo mismo contra el sentimiento y la razon, contra la inclinacion de su naturaleza, y el dictámen de su espíritu.

Con el orden, la justicia, la paz, y la virtud, producidos por la sabiduría, se acrecentará la po-

blacion del estado; ella aumentará las riquezas, y éstas su poder; y la nacion, levantada á presencia de las potencias que la cerquen, se conciliará por su grandeza, sus temores, y respétos. Contra élla no se formará ninguna de aquellas coaliciones secretas en que la política mezquina, y envidiosa concierta la ruina, y desmembramiento de sus rivales; todos se guardarán de acometer á quien sabe sus derechos, y puede defenderlos, y á quien combate, y sostiene su causa con la fuerza, y la razon, con la espada y con la pluma: antes bien la tomarán por medianera en todas sus desavenencias, y, como juez natural de sus pretensiones mutuas, arreglará sus acciones y derechos: será árbitro de la guerra, y de la paz, dará el tono en todas las discusiones políticas, y tendrá en su mano la balanza que mantiene el equilibrio del poder entre todas las sociedades. Élla las enseñoreará con sus armas y sus luces, y con ellas adquirirá la superioridad en las artes y el comercio, perennes manantiales de riquezas, y extenderá por toda la tierra su ilustracion, sus costumbres, y usos, su lengua, sus leyes, y su gobierno.

¡Felíz union la del poder y la sabiduría! Las luces guiarán los pasos de la fuerza, llevando siempre á su vista la vara de la equidad, y los consejos de la razon; moderarán la fuerza siempre ciega y siempre injusta, que, conjurada contra la libertad, é independencia de las naciones, medita sin cesar la ruina de éllas, decretada ya desde el trono de su ambicion, por los frívolos pretestos de una falsa política.



La humanidad hace ardientes votos por ésta reunion, de que depende su felicidad: las naciones entonces estrechadas en los vínculos naturales, y justos de su mutuo interes, no se hallarían en un estado de perpetua guerra, funesto para su bien: la sociedad universal no se vería en una fatal, y lastimosa anarquía, tan contraria á sus destinos, y la paz perpetua no se tendria por un alegre sueño de gentes benéficas: acabariase esta lucha sorda en que los estados que han abrazado tan perniciosa política, consumen inutilmente sus fuerzas y sus riquezas: millares de soldados alzados y puestos sobre un pie ruiñoso para sostener la imaginada balanza del poder, ó ya mas bien la servidumbre civil de las naciones, se convertirían en otros tantos miembros útiles de la sociedad, que gime bajo el peso de su inutilidad, y sus desórdenes: no se encenderían estas guerras sangrientas, y desoladoras que llevan por todas partes el hambre, el llanto, y la muerte: esta llama en que arden las riquezas, y perecen los brazos y la flor de la juventud de un estado, alma de la reproduccion, y nervio de la industria, y del trabajo: estableceriáse un derecho público sobre unas bases firmes, y no sobre antiguas usurpaciones, ó sobre costumbres vacilantes, y ridículas; una política que proscribiese aquel infame comercio, autorizado por la codicia, pero exécrable á los ojos de la razon que pone en subasta pública los dones inapreciables de la naturaleza humana: libertaríase al tráfico, y comercio de aquellos usos derivados de los siglos de barbaridad, de aquellos impuestos

feudales que los debilitan, cohartan y arruinan con detrimento de todos, y utilidad de ninguno; destruiríanse aquellas aversiones, aquellos odios, y celos nacionales, funestos errores de una política insidiosa, y criminal; y los hombres, mirandose todos con ojos de amor y de paz, tratarían se como hermanos, y abrazarían aquella justa, y deseada tolerancia; esta religion universal de las almas grandes, é ilustradas, amigas de Dios como de su Padre, y de los hombres como hermanos suyos, y se prepararía todo el linage humano para reunirse en un solo pueblo, y bajo unas mismas leyes sobre la tierra.

De esta universal, y estrecha comunicacion derivarían á los estados grandes, é indecibles ventajas: las naciones desembarazadas de estos estorvos políticos, subirían todas al mas alto grado de prosperidad á que las llamase su situacion geográfica. Cambiando sus opiniones, sus costumbres, y usos, dejarían de envidiarse, y de ser por naturaleza enemigas irreconciliables: confrontados sus principios, sus gobiernos, sus opiniones religiosas, y liquidada la verdad, caerían las preocupaciones en el debido desprecio; y de aquel choque nacería la luz que disipase las tinieblas de la ignorancia, y el error, que cubren la mayor parte de las naciones cultas, y se arruinaría el muro de division, que la ignorancia ha levantado entre ellas, para que ni se conozcan, ni se amen, ni se reúnan.

A estas ideas lisongeras solo se opondrán los estados que temen perder en el cambio, ó que receloses de que los súbditos abandonen unos principios que por la impostura, ó por la fuerza, se les ha hecho adoptar, estorban por todos medios la entrada de la luz: estados que, cimentados sobre la ilusion y la mentira, apagan la antorcha que ha de descubrirla, y que interiormente convencidos de su injusticia, procuran que los súbditos no la conozcan. Semejantes gobiernos que abominen de la instruccion, que persigan las luces, y los sabios, que abrasen las bibliotecas, que proscriban la imprenta, que establezcan guardas, satélites y aduanas para hacer registro, é impedir la entrada de las luces, como de los géneros de contrabando; pero, si los males, que éste sistema ha de causar á los pueblos, llegan á punto de hacerse insoportables; si esta tiránica administracion, por mantener la ignorancia atragese á la nacion el desaliento, y la arrojase en la pobreza, y la inercia; si las Potencias rivales, siempre en acecho de la oportunidad para invadirla, viesen al estado descontento, pobre, débil, y abatido, que tema el soberano noche y dia por la suerte del reyno y de su vida, y se prepare desde luego á sufrir los efectos de su mortal política.



Pero, si la nacion fuese ilustrada, los ciudadanos serán felices, y se interesarán en la suerte del gobierno, y de una patria, á quien aman por hábito, y por la evidencia de los bienes que gozan en su seno. En élla los derechos del hombre, y su propiedad serán respetados, y su trabajo, é industria protegidos como su persona. Excesivos tributos

no arrebatarán de sus manos el fruto de sus fatigas, y sudores, ni la capitacion dura imprimirá sobre su frente el sello de una injuriosa servidumbre. El codicioso satélite, el arrendador impío, no vendrán á insultar en el santuario de su casa á la desgracia irremediable, ni á agravar las penas de el desdichado con sus violencias, y rapiñas. El gobierno sabio conoce todas las reglas de una buena economía, y el súbdito ilustrado pone voluntariamente á los pies del trono el tributo que protesta su dependencia, y agradece su proteccion. Tampoco será ni víctima, ni testigo de aquellas levas forzadas que infunden el terror en las campiñas: el verá al anciano trémulo apoyado sobre sus nietos adultos, que gozosos llevarán sobre sus hombros el peso de sus años: y cuando un usurpador le amenace con hostilidades, é invasiones, les pondrá las armas en sus manos, exôrtándoles á ganar la gloria en el campo del valor, y á restituir en sus hogares la quietud, y la seguridad. Logrado el triunfo, que salvó la patria del peligro, él mismo les adornará sus sienes con la corona que les tegió en su ausencia.

De la nacion sabia estarán desterradas aquellas góticas preocupaciones que dan un ayre de elevacion, y de nobleza á la holgazanería, á la inutilidad, y á usos perniciosos al bien público: no se mirarán las riquezas con un desprecio hipócrita, ó fanático: el ciudadano no se envilecerá buscandolas, ni por conseguirlas se desdeñará de cultivar las ciencias, ó las artes, ó de aplicarse á algun ramo de industria, ó de trabajo: será máxîma patriótica que al hombre le infamen solo los delitos, la servidumbre de los vicios, y la bajeza de la vil adulacion: que la nobleza de un empléo ha de medirse por las utilidades que acarrée al estado, y que el primer deber del hombre, impuesto por el Criador á los Reyes, y á los súbditos, es el trabajo que en el cuerpo mantiene el vigor, la agilidad, y la salud, y el gozo, y la alegría en el espíritu, que sin ocupacion cae en el doloroso estado del tedio, y la tristeza.



Imbuidos en estas máxîmas, verán en las ciencias naturales el campo mas vasto para escoger ocupaciones acomodadas á su gusto, y útiles al bien comun. Y ¡con quánto placer me detendría yo aquí á demostrar, que la prosperidad de las naciones se halla en el mismo grado que el adelantamiento de estas ciencias y de las artes que se derivan de ellas! Pero ¡ah! los estrechos límites de un discurso me hacen pasar rápidamente por esta materia, dándome lugar solo para insinuar que, si por la constitucion física de nuestro ser necesitamos de artes, y, si estas para su egercicio exîgen algunos conocimientos, materias primeras, brazos, é instrumentos; si la perfeccion de las artes y la industria, atrahen á los estados la abundancia, que sin comercio ni circulacion carecerían del valor que éstas le dan: que, si..... ¡Qué campo tan vasto no se ofrece desde luego á la imaginacion en la diversidad de ciencias y de conocimientos que es preciso adquirir! La agricultura que provée de materias á las artes, y de alimento á todos los ciudadanos, requiere grandes auxilios, que sería largo referir. Madre

de las artes, pide como sus hijas brazos sanos, y robustos, bestias vigorosas, y máquinas útiles que suplan, y aumenten la fuerza del labrador: un sustento provechoso, un vestido, y habitacion alegre, y cómoda, no pueden obtenerse sin que se haga uso de la inteligencia, y de las luces. La salud para su conservacion, y reparacion exîge los conocimientos de la fisiología, botánica, química, farmácia, y otros: la construccion de máquinas supone los de la mecánica, y de la infinidad de sus grados, para cuya adquisicion son necesarias la física general, el socorro de instrumentos, el cálculo del número, y la extension contenidos en la matemática; la agricultura exîge igualmente que el comercio, caminos cómodos, canales para el riego, y los transportes. Y cuando el comercio ha de hacerse con los pueblos separados por los mares, ¿qué necesidad no hay de la cosmografia, del arte de la construccion de armamentos, y de inumerables requisitos que las luces suministran para hacerle con seguridad, y con ventajas?

Ignoraría lo que eran luces quien no viese su notoria influencia en la prosperidad del estado; pues, derivándose ésta de su poblacion, y sus riquezas ¿cómo podrá obtenerse sin los referidos conocimientos en las artes y en las ciencias? Las bellas letras, y las nobles artes, compañeras inseparables, acusadas de autoras del lujo que extraga las costumbres ¿cuanta influencia no exercen en la prosperidad de las sociedades cultas? Ellas proporcionan infinidad de placeres que llenan dulcemente los vacíos de su exîstencia, y de conocimientos útiles, y aun necesarios al hombre en el estado civil: reuniendo en uno las bellezas esparcidas por los varios objetos, hermoséan la naturaleza, dan al ciudadano ideas importantes, é impresiones vivas, y agradables, y sirven para decorar el edificio de la sociedad. La imaginacion del escultor, y del pintor anima al marmol, y al lienzo en que representa objetos placenteros que producen en el alma alhagüeñas y dulces sensaciones. Con ellas se suaviza el carácter de los pueblos, que aun conservan los resabios de las duras, y feroces costumbres de sus antepasados, guerreros, y conquistadores, se decora el pais inculto, y bárbaro en que moran, y se hace risueño y dulce; pues asi como la continua accion de los objetos físicos sobre el hombre modela su carácter, del mismo modo su réaccion sobre la naturaleza la modifica, y hermoséa. Las bellas letras y artes esticnden las luces adquiridas por los sabios, animan los conocimientos, y prestan cuerpo y energía á las verdades, que, adornadas por la imaginacion, se hacen amar con entusiásmo, con pasion, y con placer: aumentan la suma de la felicidad, causando una alegría saludable que destierra la funesta melancolía: inspiran el gusto del orden, del ornato, de la limpieza, y hermosura, que de lo físico puede trasladarse á lo moral; y por último, la accion de la naturaleza adornada por el genio del hombre contribuye á perfeccionar la raza humana, y á corregir las facciones de su semblante, sobre el que los vicios imprimen hondamente su imágen fea.

Por la instruccion ejerce pues el hombre su imperio sobre la naturaleza, y de esclavo suyo se alza á enseñorearla, poniendo en accion, y movimiento la secreta virtud de su fecundidad; la extrahe del estado inculto, lúgubre, y espantoso en que la encuentra; la fuerza á producir frutos análogos á sus necesidades, y la transforma en una mansion de agrado, y comodidad. Un pueblo instruido saca de su terreno inumerables ventajas, y con la abundancia de producciones naturales, que son las verdaderas riquezas, y el fundamento del poder, sube á aquel grado de felicidad á que lo destinó naturaleza. El estudio de élla le enseña á conservar su exîstencia, y aumentar su bien estar: instruyéndose en sus fuerzas, en sus leyes, en el modo con que obra sus fenómenos, dexará de pasmarse, y de inquietarse á la vista de las operaciones de la mentirosa mágia; se burlará de los encantos, de las fábulas ridículas, de las apariciones nocturnas, y los espectros con que truhanes aterran la imaginacion del vulgo ignorante, y crédulo: y estos osados impostores dejarán de hacer fortuna cuando el pueblo idióta llegue á descubrir la ilusion, y trama con que se obran los soñados prodigios, juegos verdaderos del artificio: caerán en el justo desprecio todos los charlatanes que fundan su patrimonio en la ignorancia, y se acabarán todas aquellas castas de hombres que mantienen en la plebe aquella ilusion perjudicial que la infunde una necia confianza en fraudes, é imposturas; y que, impidiéndola buscar las causas, y remedios de sus males, la arrojan en la inércia, y desaliento.



La nacion sabia, convencida de que las desgracias no nacen sino de la infraccion de las leyes naturales, asi como los bienes de su observancia, si llega á padecer alguna calamidad, consulta solo á la naturaleza, y adopta los remedios con que la convida. Ella sin la ayuda de impostores detiene en su curso la plaga asoladora de la peste, y los insectos; previene los terremotos, ataja los incendios, corta de raiz los males, arranca el rayo del seno de las nubes, refrena las olas del mar embravecido, y pone diques á su furor; horada montañas perjudiciales á la salud, dirige rios caudalosos, estorva sus inundaciones, deseca pantanos pestilentes, y precisa contra su natural inclinacion á que corran los lagos estancados. Sobre la inconstancia del húmedo elemento levanta ciudades populosas, y asienta en la movible superficie sus cimientos..... ella convierte los bosques en collados cargados de pámpanos, y frutos, los desiertos en poblaciones alegres, en campos fértiles coronados de mieses: suaviza los climas, civiliza los hombres, amansa las fieras, trasplanta todos los seres desde un polo al otro, arrasa los montes, colma los valles, abre caminos por la vasta superficie de los mares, dispone á su placer de los elementos, y llama á la mansion, en que asentó su trono, la abundancia, la paz, el gozo, y los placeres.

Ella libra al comercio, á las artes, y á las ciencias, de aquel injusto monopolio á que las condujo la tiranía del error: estingue esas compañías so-

beranas, que con sus privilegios esclusivos, tan contrarios de su naturaleza como de las leyes de la equidad, arruinan un comercio, para cuyo fomento las inventó la ignorancia, ó la avaricia: proscribe los gremios, é incorporaciones de artesanos, tan opuestos á la perfeccion, y adelantamiento de las artes, como á la esencial libertad del ciudadano, y saca á las ciencias de aquellas prisiones en que se atrasan, y corrompen. Ella no abandonará la agricultura, las artes, ni la industria por dedicarse al trabajo de las minas, á sacar de los abismos profundos de la tierra, donde naturaleza los ocultó, aquellos negros, y menguados metales, manantial infausto de tantos desórdenes, aéreas, fantásticas, y engañosas riquezas, tanto menores, quanto mas se aumentan, y dará de mano para poner en libertad los talentos de los ciudadanos á los mezquinos recursos de una superficial política que oprime cuando protege, y sufoca cuando dirige.

En llegando á penetrar las luces en la economía interior de los estados, verán muchos gobiernos la falsedad de sus sistemas mercantiles, los perjuicios de una legislacion artificiosa, que, sembrando crímenes en sus prohibiciones, tiende ocultos lazos á la seguridad y propiedad del ciudadano: verán á que se reduce la utilidad de un impuesto, cuando para su cobro hay que cubrir la tierra, y el mar de garitas, y barreras, que mantener con grandes sueldos una multitud de empleados, gentes, cuya infidelidad no es facil precaver, que pueden impunemente cometer el fraude, y obrar sin



riesgo el mal, para cuyo remedio están instituidas: gentes, que con duros tratamientos molestan al infeliz negociante, sujetándole á las reglas de sus caprichos, le embarazan, le oprimen, é intimidan: hacen delinqüente á cualquiera por su antojo, é instigadas por aquel espíritu que dictó tales leyes fiscales, le tratan como á verdadero enemigo, precisándole á redimir, qual prisionero de guerra, su libertad, y la vejacion que se le pudiera libremente causar. El contrabandista se anima y aventura para no caer en semejante redes, y entonces se aumentan los guardas, se hacen mas rigurosos los registros, crecen los estorbos, y vejaciones, se doblan los crímenes y las penas; el comerciante fiel se disgusta, y abandona una profesion expuesta á semejantes oprobios; pero aquel resuelto y determinado, viendo que las entradas en un reyno son muchas, y difíciles de guardar, se apodera del comercio, arruina los comerciantes honrados, y, como hace desmesuradas ganancias, forma una escolta para proteger sus empresas contra las vigilancias de las rondas, y su poder; de lo que resulta que entre el Príncipe y el pueblo, se encienda una guerra viva, cruel, y desastrosa.

Pero que el gobierno despierte del sueño en que con frívolos pretestos le adormecen los mismos interesados en este pernicioso sistema, y, concediéndo al comercio la libertad y proteccion, que se debe á toda profesion útil, verá por este medio florecer la agricultura, y la industria. El comerciante libre hará acertadas especulaciones sobre sus intere-

ses; formará compañías libres con sus conciudadanos; traerá al Estado la abundancia; el público gozará de una mejora y baratura en todos sus consumos; se enriquecerá, y el soberano será mas poderoso, y rico con la riqueza de su pueblo que con el producto de sus impuestos, y aduanas: riqueza por muchos títulos funesta, desoladora, y mortal para el Estado. La experiencia tiene bien acreditado lo que valen las prohibiciones, las penas, y los registros, cuando se oponen al bien individual, y ha mostrado igualmente la insuficiencia de este sistema para promover la industria nacional, que se enerva faltando la concurrencia, y el estímulo. Los efectos mismos se han puesto ya en favor de la libertad ilimitada del comercio, y castigado á los gobiernos por su error, su parcialidad, y su codicia.

La instruccion pública conduciría para derramar por el estado las reglas de una buena economía civil, y doméstica, con la que se dará el mejor empleo á las riquezas nacionales, y se buscará el medio menos dispendioso de formar las rentas públicas, y de administrarlas; objetos tan complicados como importantes al bien de la nacion: el medio de mantener una cierta proporcion entre las distintas clases del Estado, y de impedir que las mas útiles á la nacion desfallezcan abandonadas, sin brazos, y sin fondos, mientras que un torrente impetuoso arrastra ácia los empleos estériles para el Estado, bien que los mas lucrativos para el individuo.



(*) El modo de destruir aquella enorme desigualdad de fortunas, fruto desgraciado de la opinion y del entorpecimientos del pueblo, que acarréa tantos vicios, y desórdenes, é introduce en el estado la funesta division de pobre, y de rico: la forma de acabar con aquellas clases de déspotas inferiores, coligados contra las naciones, que han gemido mas de diez siglos bajo su dura aristocracia: los arbitrios para sacar todas las posibles ventajas de la situacion local, y de proporcionar á todo ciudadano una subsistencia cómoda, sin dar lugar á que viva en servil, y deshonrosa dependencia de sus iguales; todo, todo será obra de la instruccion pública, y de las luces.

Y finalmente por ellas se logrará tener en el Estado espectáculos, pasatiempos, y diversiones en que reinando la decencia, el órden, el gusto, y la alegría, se logre la distraccion de los afanes, y trabajos, con la utilidad pública y particular: si en los espectáculos se expusiesen á la consideracion

(*) La cultura de las tierras, cuna de las artes, y de que el hombre solo por un mal entendido interes se separa, constituye la fuerza interior de los Estados, y atráe las riquezas del extrangero. El gobierno debe su proteccion á los campos primero que á las Ciudades: aquellos, amas, y madres, siempre fecundas, éstas hijas casi siempre ingratas y estériles, que, ni aun subsistir pueden sino con el superfluo de la poblacion, y reproduccion de aquellos. Las Ciudades no pueden florecer sino con la prosperidad de las campiñas, y el arbol ha de regarse por eso á la raiz. Si los privilegios dejasen de ser exclusivos para las Ciudades, y las corvéas para los campos, todo propietario, amante de la heredad de sus padres, la cultivará, y perfeccionará: multiplicará sus hijos en proporcion de sus bienes, y éstos se aumentarán al paso que el número de sus hijos. Favorecer los oficios estériles, y despreciar la agricultura, es quitar las piedras del fundamento para levantar la cima del edificio.

pública los héroes que hicieron señalados servicios á la pátria, y la ilustraron con sus talentos, podrían ser una escuela de moral, y patriótismo. Si entre los juegos se escogiesen los mas propios de el hombre, aquellos donde se exerce la agilidad, y fuerza del cuerpo, y el ingenio, y destreza del espíritu, se daría por bien empleado el tiempo que en ellos se consumiese. Las mesas y festines no arruinarían las costumbres, la salud, y las fortunas, si con ellos se aspirase á recordar á los ciudadanos sus deberes, y alimentar en ellos la union y la amistad, no la embriaguéz y la glotonería. Las artes y las letras, que hacen amable la vida civil, y engendran un cierto espíritu de sociedad, ostentarían á porfía sus primores. La escultura, y la pintura, la música, poesía, y eloqüencia concurrirían á entretener dulcemente al ciudadano, á hacerle olvidar sus males, á humanar sus costumbres, é inspirarles virtudes sociales y sentimientos patrióticos. Las reuniones de ciudadanos traerán al Estado indecibles ventajas, sin ser jamás de recelar, que, contentos y felices, fragüen conspiraciones, ni exciten agitaciones populares ni alborotos; temor reservado únicamente para aquellos soberanos, que en el frontispicio de sus gobiernos gravaron la divisa del despotísmo.

Naciones instruidas no podrán sufrir aquellos sangrientos espectáculos, en que cruelmente se derrama la sangre de útiles, é inocentes animales por saciar la ferocidad y la barbarie de unos espectadores, á quienes la vista frecuente de tales atrocidades dispondrá al cabo para mirar sin estremecimiento la sangre de su prógimo, vertida injustamente: espectáculos, que solo pueden servir para pervertir las costumbres, para volver un pueblo culto al estado salvage de que le sacaron institutos mas humanos, y familiarizarle con los horrores, y los estragos. Tampoco consentirán aquellos teatros en que se representa la virtud afligida y paciente, y el crímen altivo, triufante, y coronado: teatros que dán pábulo á la corrupcion y á los vicios, donde con imágenes torpes, con indecentes ademanes se comunican funestas impresiones al espíritu, y deseos perniciosos al corazon, y donde relucen el oro, las pedrerías, y el fausto contagioso, que arruinan miserablemente las fortunas.



Yo quisiera mostrar la influencia de la instruccion pública sobre la religion y demas objetos que dicen relacion con élla, y hacer ver cómo áun éste don de la divinidad, esta idea tan consoladora para el justo, y tan amarga al perverso, se acendra con las luces de las manchas con que la ignorancia impia la ha ateado: yo me complacería en manifestar cómo las ciencias mismas, saliendo por el influjo de las luces del miserable estado de la obscuridad y desórden, florecen desatadas de las trabas en que las enredó la ignorancia y el error. La historia, purificada de las fábulas ridículas con que la mezeló la ignorancia de la buena lógica, de la crítica, y de los demas conocimientos auxiliares: la jurisprudencia, perfeccionada á par de la moral, y de la filosofía: la ciencia del Estado, sacada de las

verdaderas fuentes, antes ignoradas: la retórica, ennoblecida con el conocimiento del hombre, y sus pasiones: las lenguas, reducidas á método, y puestas en un órden desconocido á los inventores de éllas: y la teología misma, esta ciencia de las relaciones sobrenaturales del hombre, y superior á la comprehension del entendimiento humano, siguiendo los pasos de la ilustracion, y tratada con mas decoro, y nobleza, cuando, arrancada de las pasiones en que la puso una insidiosa y pueril dialectica, y aquella sofística, y bárbara filosofía, se adornó con los atavios de las ciencias humanas, y á su propia hermosura añadió la que le prestó el genio del hombre;..... pero este examen me llevaría muy lejos del propósito.

Si á los razonamientos se hubiesen de añadir los ejemplos que ofrece la historia de las naciones, yo pudiera traer al medio todas las que florecieron en diversos tiempos, y que por el influjo de las luces se levantaron á la prosperidad, que aun vive en la admiracion de los siglos presentes, é inmortalizaron unos imperios, cuyos anales permanecen en sus gloriosas ruinas: yo conduciría al enemigo de las luces hasta las márgenes del Sena, y del frío Tamisa, para que, viendo un pueblo inmenso, rico, poderoso, alegre, y sabio, y cotejando su presente estado con él en que la feudalidad, la supersticion, la ignorancia, y la barbarie le retenían de mancomun en la miseria y opresion, en la esclavitud, y desaliento, se persuadiera de la influencia de la instruccion, y de la enorme diferencia que hay de



una nacion sabia, á una ignorante, y embrutecida: yo le conduciría despues al Africa, y al Asia para que entre las tinieblas, que cubren aquellas desventuradas regiones, me mostrase el poder, las riquezas, y el esplendor de los antiguos pueblos, y, comparando el pasado con el presente Egipto, los Aticos inventores de las Artes, hijas del genio, y de la paz, los Persas, señores de las invenciones mas brillantes del gusto, con los miserables esclavos que doblan al presente su rodilla en aquellas desamparadas comarcas, se convenciese de los miserables efectos del despotísmo, que se apoya siempre en la ignorancia y la bajeza de los pueblos.

¿De dónde nace, pues, ésta catástrofe prodigiosa que se advierte en los imperios, estas revoluciones que mudaron del todo su faz? La Europa ama las luces, las promueve, y ha logrado fijar en su clima áspero y duro las riquezas, el poder, y la felicidad, que ni aun sabía embidiar en otros tiempos: el Asia, teatro en otro tiempo de placer, de abundancia y urbanidad, despues que proscribió los sabios, y las luces, en un clima feliz donde nacieron los conocimientos, yace desfallecida y muerta, sin que los monumentos del genio, que, ni el despotísmo, que todo lo desvarata, ni el tiempo que todo lo roe, pudiéron aniquilar, sean bastantes á inspirarla el deseo de igualarse á su antigua grandeza. Pero el bárbaro Califa, temeroso de que las luces le arranquen el cetro de su puño, las persigua, deteste y abomine; mas el monarca justo, padre, y amante de sus pueblos, llámelas á sus

dominios, acójalas, honre, y proteja: con ellas restituirá á los vasallos todos sus deréchos, eternizará su nombre, asegurará su autoridad, y su gloria, que estriva en reynar por la razon, y la justicia, sobre la voluntad, y la opinion, sobre el espíritu y sobre los corazones.

Y ¿qué otros efectos podrán causar las luces, y la instruccion pública? ¿Son por ventura mas que el conocimiento de la verdad, esto es de la realidad de las cosas, de sus relaciones é influencias, del órden y la utilidad? ¿Podrá amarse, ó seguirse el bien, sin conocerle? Y, ¿se conocerá sin la aplicacion al estudio de las ciencias, á la aplicacion y contemplacion de la naturaleza universal, del ser del hombre, y sus necesidades? El hombre ¿recibiría la razon para conservarla en la obscuridad de la ignorancia, ó para perfeccionarla por medio de la ilustracion? ¿Será ésta una buena regla de las acciones, una guia segura en la conducta, sino está formada con el conocimiento de la variedad, y muchedumbre de las relaciones del hombre? Privado de la instruccion, ¿qué es el ciudadano mas que un ciego que camina al precipicio, un bajél sin brújula ni piloto, expuesto á estrellarse en los escollos que rodean el piélago de la vida humana? Sin ella ¿no se errará de continuo en los objetos que le convienen, y en los remedios de conseguirlo? ¿Habrá otro móvil secreto del hombre, será posible inclinarle al bien verdadero, á no ser con la evidencia de las reglas de su conducta? ¿No estaría el crímen desterrado para siempre del hombre que



se complace en lo bueno, si los principios que han de determinarle, estuviesen bien gravados en su corazon? La religion, el gobierno, las leyes y la moral, ¿obran de otro modo, que presentando al hombre toda especie de motivos para que se incline al bien que le conviene?

Si la verdad es, pues, la percepcion de las relaciones, esto es, de las impresiones que los objetos producen, y de las idéas que ocasionan en nosotros, ¿las ciencias son acaso mas que la coleccion de estas verdades? ¿las artes que un conjunto sistemático de conocimientos que se reducen á práctica, siguiendo ciertas reglas? Las relaciones de los hombres considerados ó como individuos aislados, ó como partes del cuerpo social, comprehendidas en las ciencias de la moral y la política, ¿no deberán estar patentes al legislador que las enuncia en sus leyes, al ciudadano que ha de someterse libremente á ellas?

Luego si el conocimiento de la verdad es útil, es importante, es necesario al hombre, y al ciudadano, al Soberano y á los subditos, al pueblo y al gobierno, ¿sin la instruccion en élla, podrán jamás, ni prosperar las naciones, ni ser felices sus miembros?

Mas por desgracia los ambiciosos ignorantes, que rodéan los tronos, intimidándolos con la pintura

infiel de un pueblo sabio, consiguieron inspirarles aversion á la instruccion, y á las luces, haciendo creer á los soberanos que la ignorancia mas docil, y manejable que la sabiduría, apoyaría su autoridad, y su trono; y que asi convenia á sus intereses cerrar las puertas á la luz, y obstruir todos los canales por donde se comunica. Quitóse, pues, la libertad de discutir los intereses de la nacion, de exâminar sus leyes y establecimientos, y se hizo un crímen el ejercicio de la razon y de la libertad. Proscribióse la facultad de escribir y de hablar, y hasta en el santuario respetable, y hondo secreto del corazon humano, se alargaron las cadenas de la esclavitud, publicandose órdenes restrictivas de los derechos esenciales del hombre..... Pero cuando la bondad de una causa no es permitido á los Jueces indagarla, ¿no es ya una prueba suficiente de que no es tan buena como se asegura?

Y á la verdad, ¿quiénes son los apologistas del embrutecimiento, y estupidez de los hombres, sino los que, aspirando á dominar los espíritus con el error, y la impostura, ponen todo su conato en ocultar las torpes medidas de su astuta política? ¡Pero quán groseramente se engañan! La autoridad, y persona del soberano están solo á cubierto de las violencias en las naciones ilustradas, que conocen la necesidad de la reunion de sus fuerzas particulares, que es el fundamento firme y natural de la soberanía. El ignorante que no la percibe, abandonado á qualquier impulso, es un ciego instrumento en manos de los sediciosos que le agitan;



es un niño adulto que reúne la infancia de la razon con la violencia de las pasiones, y qué, considerandose, como un centro universal, sobre que deben rodar todas las ventajas de la asociacion, luego que deja de percibirlas, como ignora la necesidad de hacer algunos sacrificios por la patria, prorrumpe en clamores, sedicciones, y turbulencias.

Nada es ciertamente mas instable que el despotismo en una nacion bárbara, ni de menos duracion que un poder injusto, y arbitrario. Herida la nacion con golpes continuos de autoridad, desaparece al cabo su prosperidad, y con ella huye su poder (*): y quando por algun tiempo gozase de algunas funestas ventajas, estas mismas la irían progresivamente acercando á la orilla del precipicio, á que algun dia llegará forzosamente á arrojarse: agotadas las fuentes del poder, y debilitados los resortes del gobierno, estará expuesta á ser despojo infeliz de una invasion enemiga, y quando el soberano se creía poderoso porque dominaba sobre unos esclavos embrutecidos, irá á ser sepultado bajo las ruinas de un trono fundado sobre el deleznable fundamento de la estupidez. Pero el pueblo ilustrado modera, y precave con humildes representaciones los extravios de la autoridad, y espera

(*) El despotismo es en su nacimiento un leon, que oculta sus garras para dejarlas crecer; en su robusted un frenético, que despedaza su cuerpo con sus manos; y en su vejed un saturno que, despues de haber devorado á sus hijos, es mutilado por su propia raza.

con sumision que el órden se restablezca; conoce la necesidad de su union, y la íntima conexîon de sus intereses con los del soberano; obedece respetuoso sus leyes; tiene virtudes patrióticas, y sociales; y ama y bendice un trono, á cuya sombra goza de la felicidad. El soberano se halla entonces tan seguro en la nacion, como un padre en su casa en medio de sus hijos, sin temer ninguna de aquellas revoluciones que trastornaron los sólios, levantados con la fuerza, y apoyados sobre la ignorancia y el error.

No, no son las luces las que obran las revoluciones sangrientas en los imperios; son los males causados por los abusos de la autoridad, y las injusticias del gobierno; son los sistemas duraderos, y aun premeditados de opresion con que aflige al estado; el peso de la desgracia que cargado sobre los ciudadanos, sino rompe la elasticidad de su corazon, les fuerza á rechazar con violencia igual contra la mano que los comprime. Abrid ¡ó panegiristas de la barbaridad! abrid las historias, cotejad los siglos de la ignorancia, y de tinieblas, con los de luces, é ilustracion; y vereis en aquellos á los súbditos siempre inquietos, siempre rebeldes, conspirando contra su soberano; vereis á éstos, que, asidos del trono con una mano, tienen que arrimar la otra para rechazar los acometimientos de sus vasallos, y sus rivales; vereis en aquellas épocas á los soberanos derribados del sólio, y fugitivos esconder en la obscuridad el explendor de su dignidad. Alemania, Inglaterra, Francia, España tambien, decidnos



¿quáles eran aquellos tiempos en que vuestros monarcas no pudiéron apénas sentarse en sus tronos, cuya ocupacion fué capitanear las facciones que los sostenian contra la que meditaba el destronarlos? ¿Qué fué la Europa por casi mil años, en que la filosofía, las letras, las ciencias, y las artes dormían olvidadas en el sepulcro del imperio romano, entre las cenizas de la antigua Italia, y la barbarie de los siglos de la edad media? El Asia conservaba los monumentos sin gozarlos, la Europa algunos destrozos sin conocerlos, el mundo cristiano yacía anegado en la sangre de las naciones, y la ignorancia triunfando bajo los estandartes del fanatismo y la supersticion..... pero tendamos un velo por este cuadro.

La nacion ilustrada da lugar con sus clamores á que el soberano vuelva sobre sí, cuando por un descuido de la flaqueza humana comete algun atentado peligroso, y la opinion pública le señalará entonces el camino que debe tomar, pues nunca puede dictarle sino lo que le conviene; pero ésta opinion, ésta conciencia pública, ésta expresion de la voluntad general no puede formarse, ni declararse sino en los combates literarios, en los escritos y conversaciones de los sabios repúblicos, que, llenos de un celo síncero, indagan, meditan, y pesan en la balanza de una razon ilustrada los verdaderos intereses del estado, y de sus miembros. Este sentir unánime, este acuerdo, esta voz nacional, tan respetable, y digna de escucharse, jamás podrá elevarse hasta el trono, sino

por medio de los libros, y escritos públicos que dan continuamente á luz los ciudadanos instruidos, y celosos. (*)

Y no basta el que una clase de ciudadanos pueda ventilar estos intereses, y adquirir libremente su instruccion: las luces han de derramarse igualmente por toda la nacion, cuidando de que lleguen á todos en quanto sea posible: la desigualdad de las luces es tan funesta como la de las fortunas, y tan odiosa la distincion de sabios, é ignorantes, como la de pobres, y ricos. La humanidad no ha tenido menos que luchar contra la fuerza, que contra la sabiduría de algunos sabios: porque estos dos enemigos estuvieron siempre conjurados contra su libertad é independencia; el ignorante se someterá por necesidad al sabio, como el pobre, y débil, al rico, y poderoso. El estado, que consiente estas distinciones, verá crecer en su seno una autoridad extraña, con la cual tendrá un dia que temporizar, pues, colocada por su poder, ó por su crédito, entre el pueblo y el soberano, es tan aproposito para hacer respetar los derechos de uno, y otro, como para atropellarlos, y envilecerlos; órgano de sus voluntades, puede servir de instrumento para tiranizar á la nacion, ó de escudo, y muro impenetrable para cubrirla contra cualesquiera disposiciones del trono: y es bien cierto que hará lo que sea mas conforme á sus intereses, esto es, subyugar á uno por medio de otro, alzarse con las dignidades, y el mando, y al cabo hacer al Estado víctima de sus parcialidades é intereses. Esta es la historia de la Europa, sometida por mas de mil años á los grandes aristocrátas, déspotas verdaderos de las naciones.

(*) Si los gobiernos no quieren asalariar pensadores como en la china, pues siendo mercenarios, serán siempre sospechosos, que á lo menos permitan á los sabios el velar sobre el bien público. Todo escritor de genio es magistrado nato de su patria, y es un deber, y un derecho suyo el ilustrarla: su talento es su derecho, y sus luces el título; el tribunal es la nacion entera, y su juez el público.



Cuando una clase de ciudadanos está en posesion de las luces, y el pueblo abandonado á una estólida y absoluta ignorancia, el Estado abriga entonces las semillas de las agitaciones, y turbulencias intestinas; porque el pueblo ignorante es siempre inquieto, y, como es ademas la fuente del poder, ha de estribar en él por necesidad un trono, que, apoyado sobre opiniones instables, vacilará siempre á discrecion de los que las esparcen y sostienen; por lo cual, importa muchísimo á los soberanos hacer siempre causa comun con los pueblos, que, siendo ilustrados y felices, sacrificarán á su permanencia su poder, y sus fortunas, y cerrar sus oidos á los gritos de la codicia, y ambicion de los que no componen el pueblo. Este solo es quien se resiente de la calidad de la administracion, y jamás puede ser como aquellas clases de ciudadanos, á quienes nada les toca de las públicas calamidades, y que acaso adelantan con ellas sus fortunas. El pueblo solo es quien paga los desaciertos del gobierno; pues la persona del soberano y los ministros, siendo pasageros en la escena, solo aquel permanece hasta el remate de la tragedia para ser víctima en ella.

De la falta de una instruccion universal se originan tambien muchos abusos, y los decantados perjuicios de las ciencias: el que conoce la injusticia, jamás la obraría, si tuviese un temor fundado de incurrir en el castigo, porque el interes del delito contrapesado con el mal de la pena, con el horror de la maldad, y con el desprecio público, no incitaría al hombre, arrastrado solo por el partido que le ofrece mayores ventajas. En un pueblo ilustrado, en que las leyes tienen justicia y vigor, en que la infamia y vituperio general persigue á todas las acciones perjudiciales, y en que el delinqüente no puede evitar á lo menos la censura pública, á nadie le tentará la impunidad que suele lograrse por la ignorancia, antes bien las luces perspicaces del pueblo, que vela sobre todos, serán un freno aun para quien por su poder se crée superior á las leyes mismas.

Parece una paradoja estraña que los abusos de la ilustracion nazcan tambien de la falta de ella; pero á la verdad, como los gobiernos atienden con mas ahinco á los ciudadanos sabios que á los buenos, y primero á los ricos que á los virtuosos, y acontezca no dar á las ciencias del corazon lugar alguno en la educacion, ocupada solo de aquellos conocimientos inútiles, y despreciables, á que el vulgo tributa neciamente aplausos, procede de esto que, si el hombre se dedica al estudio de la naturaleza, sea solo para brillar, ó hacerse rico; si estudia al hombre, sea para engañarle con seguridad, y, si enseña las ciencias, jamás hable del fin,



uso, y buen empleo de éllas; y ¿será estraño que con este método el sabio, solo acaso en los medios de satisfacer sus vicios, sea mas perverso que el ignorante?

Pero estos males ¿se atribuirían con razon á las ciencias mismas? ¡Qué! El arte de extraer los metales de las minas ¿habrá enseñado á sobornar con éllos al juez avaro, á tender lazos á la pobreza indigente, á corromper la inocencia, á entablar el comercio de los negros, y á hacer negociaciones pérfidas, y tratos fraudulentos? El que dá reglas para forjar el hierro, y el acero ¿inspiró acaso el deseo de traspasar con el aguzado puñal el pecho del padre de familias, de hacer cadenas para los esclavos, de templar el filo á la tajante espada del guerrero, ni de fundir los horribles instrumentos que vomitan los rayos de la guerra?

Las artes, imitadoras de la naturaleza ¿infundiéron por ventura el gusto á las imágenes torpes y lascivas, ni arrojaron al voluptuoso en los brazos de la corrupcion y la molicie? La poesía que celebró el valor prudente, y la piedad filial, ¿dictaría los versos y los cantos que adularon á los héroes sanguinarios, ensalzaron sus proezas destructoras, y perpetuaron la memoria de sus delitos y atrocidades? La lira ¿se inventaría para celebrar los vicios; la retórica para perorar la iniquidad, y seducir á la incauta sencillez; la historia para inmortalizar los extravíos del hombre, y engañar á la posteridad?

¿Dirémos que exîsten estos delitos, porque exîs-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA - SALAMANCA -

ten estas ciencias? Tales horrores ¿hubieran jamás afligido la humanidad, si la fuerza y la debilidad, la baja adulacion y la soberbia altiva, el fanatísmo y la supersticion, el orgullo y la corrupcion, nacidas de la ignorancia misma, no hubieran asentado su trono en el corazon y la morada de los hombres? ¿Será justo proscribir todo aquello, de que se abusa, y se abusa por la corrupcion misma? El brazo del asesino, la lengua del pérfido, la religion, el gobierno, las leyes, la propiedad, las riquezas, todo, todo, ¿no es un manantial de males cuando no vá dirigido á su fin por los preceptos de la sabiduría? ¡O vosotros, inventores de las ciencias y las artes! cuando abriais á los hombres nuevas fuentes de gozo, y de placer, y les proporcionabais medios cómodos para la satisfaccion de sus necesidades ¿esperabais que algun dia los vicios sacasen de éllos su miseria, é infelicidad? Vosotros, legisladores, ¿civilizásteis á los hombres, les acostumbrasteis á la obediencia, y disciplina, para que el tirano usurpador de la autoridad agravase su cuello con un yugo insoportable, y les ligase con las cadenas de la esclavitud?

O tú, Colon, cuya memoria será eterna, que abriste sendas no conocidas por los mares, y llevaste á nuevos mundos el pavellon triunfante, cuya gloria no cabía en los términos del antiguo, ¿seguiste acaso los heróicos impulsos de tu genio ardiente, para que los bárbaros conquistadores de todas las naciones representasen en América las sangrientas, y abominables tragedias, que la

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SALAMANCA



funesta sed del oro inspiró á su cruel, y feroz codicia? ¡Oh ilustres malvados de todas las edades y naciones! que os complacisteis en desolar uno y otro emisferio, y, ora anegando los hombres en sangre y sus lágrimas, ora reduciendo comarcas enteras á cenizas, hicisteis de la tierra un cementerio árido, temed el dia de la ira en que los hombres lleguen á penetrar el obstáculo maquiavelismo de vuestra misteriosa y fatal politica; y, si en la profundidad de vuestros sepulcros os cuidaseis de los juicios de los hombres, extremeceos al considerar los negros y horrendos colores, con que os han de retratar las razas venideras; porque, ni vuestros soberbios monumentos, ni vuestras hazañas memorables impedirán que con exêcraciones se renueve vuestra memoria infausta, ni que se insulte á vuestros manes odiosos, mientras que el globo, tantas veces manchado con vuestras brillantes maldades, no deje de ser habitado por la posteridad de vuestras víctimas.

Un hombre recomendable por sus talentos ha imputado á las ciencias, y à las artes, la corrupcion que ordinariamente las acompaña, y los vicios que reynan en las sociedades cultas. Si asi fuese, deberiamos ir á buscar la felicidad, los grandes ejemplos de virtud, las acciones nobles, entre la ignorancia, la rusticidad, y la barbarie, y poner á los pueblos salvages por unos modelos de perfeccion humana, á que nos sería glorioso alcanzar; pero, como los pueblos ignorantes, y sil-

vestres, sufren grandes males y desórdenes, (*) que no pueden achacarse á la instruccion, ni á los libros, es claro que debe buscarse una causa comun, ó análoga, que produzca los mismos, ó semejantes efectos, en una, que en otra sociedad. Y, como por otra parte, si en este punto han de ser creídas las historias, los conocimientos, tan útiles, en cuanto la sociedad se halla en su estado progresivo, no la fijan en la prosperidad, á que llegó, antes bien, relajados todos los resortes sociales, retrocede ácia la barbarie, de que salió, debemos buscar otro orígen á su corrupcion, ruina, y decadencia. (*) ¿Cual será pues aquel rumbo, por donde los estados caminan á ellas?

Los ricos, y poderosos, que lo son todo en las

(*) Los pueblos mas ignorantes y groseros fueron los mas belicosos, y los siglos de obscuridad los mas fecundos en crímenes y guerras desoladoras. La ignorancia las prepara, y reproduce; los Tártaros, como los salvages de Canadá, por inquietud y ociosidad, desean venir á las manos con sus enemigos.

(*) En la madurez de los imperios viene la razon á dar una cierta gravedad á las naciones; y esta es la edad de la filosofía que marcha á pasos lentos, y silenciosos, anunciando la vejez de los que en vano trabaja por sostener. La filosofía cerró los últimos siglos á las repúblicas de Grecia, y de Roma: Atenas no tuvo filósofos sino en la víspera de su ruina: y Lucrecio y Cicerón no escribieron sobre la naturaleza de los Dioses, y del mundo, sino entre el ruido de las guerras civiles que cabáron el sepulcro á la libertad. Parece una consecuencia de las reacciones políticas el que un estado cuando llegó al último grado de su elevacion se vea en el primero de su decadencia, asi como las cosas humanas empiezan á decaer en aquel punto mismo que tocaron la cumbre de su grandeza. En este estado las luces empiezan á fluir ácia las naciones bárbaras, como se vé en los siglos de Alexandro entre los Griegos, de Augusto en Roma, y de Luis XIV en Francia.



actuales sociedades, que únicamente se destinan á gozar de los placeres que les proporcionan su poderío, y sus riquezas, desdeñando las ciencias, y, no conociendo freno alguno para domar sus inclinaciones, se entregan á los impulsos de las pasiones, y á la ciega satisfaccion de su apetito: privados de los placeres del espíritu, ignorando el precio de la virtud, y los deberes de su estado, no pueden llenar el vacío de su exîstencia, sino con sensaciones físicas, y placeres corporales, y, como estos dejen entre sí grandes intervalos, y su impresion se disminuya al paso que los gozes se aumentan, necesitan para no caer en el tedio, y la tristeza, reemplazarlas con placeres facticios, y ocupaciones frívolas y caprichosas. Los banquetes y festines, la caza, el teatro, las visitas impertinentes, ó un ocio funesto, he aquí la vida de los ricos ignorantes; á medida que han gozado, van refinando el placer, y con nuevas sazones acomodando á un gusto estenuado los objetos. Los maestros, bien recompensados, se esmeran en presentarles las invenciones extravagantes de su fecundo talento: sus criados, y dependientes, amigos, aduladores, casas de su concurrencia, todo, todo participa de su corrupcion: los teatros, que frecuentan, se modelan por sus caprichos, y ciertas manías ridículas cunden por la nacion insensiblemente.

En ésta época los ingenios se ocupan en invenciones extrañas; los brazos en artes frívolas; las manufacturas y el comercio, que se arreglan por el consumo, se prestan al cabo al impulso gene-

ral; las producciones de la tierra se malgastan, y todo se envuelve en un trastorno deplorable. Los ciudadanos se afeminan, y, en vez de defensores robustos, y esforzados, no tiene el Estado mas que modistas, peluqueros, comediantes, músicos, y gentes de profesiones blandas, y fútiles; los talentos vendidos al favor y la lisonja, abandonan las artes, y estudios que cimentan los intereses, y la prosperidad de la nacion. Los poderosos no conocen las ciencias, ni las aman, ni las protegen, y por falta de aliento, abismados los sabios en la miseria y el desprecio, crece la corrupcion, y la ignorancia; las artes frívolas, como se ven premiadas, atraen á sí los ciudadanos, y disminuyen el número de profesores útiles; los consumos se aumentan, y no el trabajo; los impuestos nacionales cargan sobre una menor parte, y se arruina bajo de su peso; sobreviene la carestía, y esta calamidad recáe sobre las profesiones útiles, que, no gozando de proteccion, ni privilegios, lleban sin excepcion todas las cargas del Estado, cuyas ventajas otros disfrutan.

La nacion, inficionada por los ricos, y poderosos, se arruina por sus cimientos; faltan las ciencias, faltan los sabios, aquellas almas privilegiadas por la naturaleza, puestas entre los Reyes y los pueblos, para ilustrarlos y dirigirlos: no se encuentran hombres de estado, ni generales, ni marinos; las leyes, cogen los resabios de la fuerza preponderante; los Tribunales, y Magistrados, beben el mismo espíritu; los que se oponen á este



torrente desolador, y claman por el bien de la patria, son tenidos por enemigos de élla, perseguidos, y arruinados. Entonces sobre el imperio desolado de la verdad, levantan su trono la ignorancia, y el error; las ciencias no son mas que puerilidades ridículas, útiles solo para mantener un simulacro de ciencia, y entretener la juventud; las Academias, Universidades, y Colegios sirven para atrincherar estos desórdenes y consolidar con su respeto, y veneracion, su imperio frágil, y deleznable: confierense solo las borlas y laureas literarias á los que bebieron, digamoslo así, todas las heces de aquellos errores, y espíritu que los dominaba: ahogánse los ingenios libres, y superiores á las preocupaciones dominantes: todo tiene que doblar la rodilla ante el ídolo que recibe general veneracion; y así es como las artes, y las ciencias influyen en la corrupcion de los estados.

Pero quien defiende la importancia de la instruccion, ¿tendrá necesidad de hacer la apología del estado en que puede hallarse, de los métodos, é institutos literarios? ¿La causa de las ciencias será la misma que la de sus profesores? ¡Ah! Si las ciencias fueran, segun las presentan los libros reputados vulgarmente por clásicos, ciertamente merecerian la censura mas amarga, y picante, y aun toda la burla de los sabios. Hombres superiores al vulgo han llevado ya la luz á varios ramos de la literatura, y descubierto á los ojos no vendados con las antiguas preocupaciones, toda aquella jerga pueril que llaman ciencias, y hecho

patentes los errores que contienen, (efectos de hábitos inveterados, y de la autoridad que las dirige) y convencido que, depositadas en algunos cuerpos, son como las aguas estancadas, que, privadas de su natural corriente, se vician, y arrojan exhalaciones, y vapores dañosos á quien se acerca á ellas. Otras veces hay que llorar sobre las ciencias los efectos lastimosos de la flaqueza humana, y sobre todo, el que éste ramo, el mas importante del estado, no se halle bajo de la inmediata vigilancia del público ó del soberano, sino abandonado á los mismos profesores, interesados en retener aquellas extravagancias, que sostienen su reputacion; pues éstos persiguen con su crédito y sus calumnias á los que á vista del público corren el velo que oculta sus miserias; y que ellos con sus disputas, que solo sirven para fascinar la ignorancia, con sus sectas, orígen de las funestas discordias, de quienes el Estado ha sido á veces la víctima, y siempre el teatro, con sus sistemas, que apoyan los errores mas envejecidos, y con su orgullo, é intolerancia, conspiran de comun acuerdo á mantener con obstinada terquedad para manifestarse importantes al Estado, y abrir por este medio su carrera á los empleos, al poder, y á las riquezas.

No es mi ánimo desacreditar los institutos literarios, dignos por su ministerio de mis respetos; pero estoy á la raiz del mal, le palpo, le lloro, y si le disimulase, si guardase un torpe y criminal



silencio sobre los desórdenes, y vicios que padecen las ciencias, y sus institutos; si por un pánico, y mezquino temor diese la mas ligera sospecha de que les prestaba mi aprobacion, y con todo el calor de la verdad no los denunciase al gobierno, cuyo vigilante celo puede concurrir á extirparlos; si por miramientos, desaprobados por la razon, contribuyese á eternizar unos males de tanta influencia en la prosperidad del estado, único objeto de mis desvelos, el juicio interior de mi conciencia, y el de la posteridad incorruptible, me culparian mi funesta omision, y condescendencia. Sabios de todas las naciones clamáron á grandes voces que las ciencias iban erradas desde sus principios, que era forzoso arruinar el antiguo edificio de los conocimientos humanos, y volverlo á levantar sobre unas basas sólidas, y firmes, y que la enseñanza pública debia ponerse sobre otro pie: sabios Españoles lo han dicho tambien, y por desgracia sus clamores fueron dados en desierto; nadie los ha escuchado, y la España, aquella potencia que ayer dominó la Europa con sus luces, y su valor, sobre la que primero amaneció la aurora del buen gusto, que nuestros errores hicieron retirarse á otros paises: la España, ufana con su pasada grandeza, ¿oirá con indolencia que se la trate de bárbara? ¿consentirémos tal deshonor en nuestra patria, y nos desacreditarémos así á los ojos de la posteridad? No; imitarémos á nuestros mayores, que, inflamados con un ardor patriótico, pusieron todo su conato en purificar las ciencias de su an-

tigua herrumbre, y acarreáron á la nacion una gloria que la envidia jamás podrá oscurecer.

¿Qué? temerémos debilitar por este medio las fuerzas en que estriva su seguridad, y ablandar el guerrero valor de nuestras tropas? ¿Acaso los ciudadanos todos se aficionarán á las espinosas y áridas especulaciones de las ciencias, se amontonarán en las Universidades, se clavarán sobre los libros, y se encerrarán en las bibliotecas? La instruccion que debe exîgirse del ciudadano, ¿no se podrá adquirir sin frecuentar las aulas largos años? Las verdades mas importantes al hombre son tan claras y sencillas, que en los entendimientos mas rudos pudieran fijarse sin trabajo, si la falsa ciencia no hubiese cercado de tropiezos la entrada en el templo de la sabiduría: meras sensaciones bastan para adquirirse una evidente conviccion en los conocimientos necesarios; y los que, á pesar de un sincero exâmen, permanezcan obscuros, ó dudosos, desde luego puede tenerselos por inutiles, y de ninguna influencia en el bien de la sociedad. Amás de que para un sabio distraído en la meditacion ¿no habrá siempre millares dedicados á la agricultura, á las artes laboriosas, naturales ocupaciones del hombre, donde ejerzan las facultades corporales, y adquieran la dureza que el soldado necesita? Y por fin, ¿qué es lo que á la clase mas numerosa de la nacion la cabe en la perfeccion y progresos de las artes? ¿Serán por ventura las obras del lujo, que la afeminan, necesarias solo para el hombre estenuado y pervertido,



ó la baratura, la abundancia, y mejores calidades de los géneros groseros de su consumo, y de los instrumentos de las artes que profesa?

Si las ciencias acarreasen tantos males, y arrojasen en una imaginada languidez á los Estados, ¿qué razon habría para que la América, y parte del Asia hubieran sido subyugadas por un puñado de Europeos, ayudados del socorro de las artes? ¿Para que los Tartaros errantes hubiesen sido vencidos por los Rusos civilizados? ¿Y para que en nuestros dias una nacion culta, atravesando los Alpes con mayor gloria que Anibal, derrotase y venciese escuadrones numerosos de soldados, tenidos por mas duros, y belicosos, pero no por tan sabios é ilustrados? ¿A qué será citar ejemplos si para todo se hallan en la historia? Los Griegos inventan el arte militar, y vencen todas las fuerzas del Asia: los Romanos le perfeccionan, y conquistan el mundo: las falanges, y legiones de estos pueblos llevan entre sus pasos la victoria. Al cabo estas sociedades, coronadas de victorias, y troféos, y que dieron un grande espectáculo á la tierra, despues de haber corrido el círculo de la vida civil, y tocado el punto de grandeza, á que los llamaban su constitucion y sus leyes, retrogradáron al término de humillacion fijada por el destino, que sin cesar agita la balanza de los imperios. Ellas corrompidas cayéron bajo el yugo de otras mas pobres, y guerreras, porque al valor, que infunde la desesperacion de la miseria, no pueden contrarrestar los enervados esclavos de un déspota

opresor. Las naciones sabias de la antigüedad, que duermen hoy deshonradas en el polvo de la tierra, descendieron pues al sepulcro, no porque sus luces las eran perjudiciales, sino porque no las emplearon, y los sabios estaban alejados de los empleos; no porque faltase virtud, sino porque reynaba el vicio, y la perseguía; y no porque hubiesen despreciado los fuertes guerreros, sino porque éstos, ni tenian premio, ni patria.

Demos que sea la virtud la basa mas firme de los estados ¿la verdadera ciencia la destruye acaso? ¿Son por ventura incompatibles la rectitud del corazon, y las luces del entendimiento, la perfeccion de la voluntad, y del espíritu? O mas bien ¿ No será la equidad, hija de la sabiduría, la que ilustra al hombre sobre sus deberes, y sobre la importancia de la virtud? La conservacion de ésta ¿no procede del conocimiento de su utilidad, y necesidad? El paso del vicio á la virtud ¿no supone el de la ignorancia, y el error, á la instruccion, y á la verdad? La decantada virtud del ciego amor á la patria ¿puede tener otro fundamento que la evidencia de los bienes que en su seno goza el ciudadano?

¿Qué fué Roma, para que, prendados neciamente de su grandeza, llorémos su destruccion? Roma, con el amor de la patria, y sus nobles virtudes, llebando el terror y la desolacion á las naciones que no eran sus tributarias, y despojando de la libertad á las que habia usurpado el territorio: Roma, ejerciendo aquel heróyco espíritu



de rapacidad y latrocinio, que formó siempre su caracter, inspirado sin duda por los génerosos bandoleros que la fundaron: Roma, á cuya virtud era un delito que las naciones débiles conservasen su independencia, y no llebasen con dura paciencia las cadenas que su alma grande las imponía: Roma orgullosa, y altiva en sus Capitanes, arrastrando en sus carros triunfales los Reyes vencidos, y los sangrientos despojos de los pueblos, que, atados á ellos eran llebados por aquella execrable ciudad, para ser el digno objéto de los insultos, juguete, y algazara de la soldadesca bárbara, de un populacho vil, y corrompido, y condenados á una eterna esclavitud: Roma, decretando en su Senado de los doscientos Reyes la destruccion y ruina de una Ciudad rival, que se oponia al torrente desolador de su poder: Roma, tratando de bárbaros á todos los pueblos de la tierra, y hollando con altivez el derécho de las gentes: Roma, cubierta de iniquidad, manchada con sangre, y con rapiñas: Roma..... Roma, esa era tu virtud. Y tu, Esparta, poscída de un raro entusiásmo por la frugalidad, y la dureza, á quien una juiciosa política debió colocar entre las armadas, no entre los estados cultos, ¿tu eras virtuosa, y fuiste guerrera y conquistadora? ¡Infeliz Meséna! si es que la noticia de tus desgracias puede llegar hasta nosotros, como ha venido la gloria de tus bárbaros vencedores, clama entre las ruinas, y sepulcro donde la virtuosa Esparta te ha precipitado. El gobierno de Lacedemonia era inimitable, y humano,

y sus ciudadanos, abandonadas todas las profesiones, se dedicaban solo al egercicio de la guerra, fatal al reposo de los hombres.... Era justo, y tenia á los Hilotas reducidos á una mísera servidumbre; erigía estatuas á los vencedores en los juegos olimpicos, no á los que triunfaban de los enemigos de la patria; y los infanticidios, que á sangre fría cometia, á pesar de los frívolos pretextos de su política, ¿no daban una prueba bien patente del espíritu que la animaba?

Ciertamente que, si la felicidad del género humano consistiese en la privacion y la pobreza, en el sufrimiento, ó en la insensibilidad, sería inútil no solo la instruccion, sino el entendimiento, la razon y los sentidos: si el destino del hombre fuese la guerra, la matanza y destruccion, y hubiese recibido sus necesidades y facultades para tener el fanático placer de fundar una débil gloria en tolerar las unas, y sufocar las otras; si la virtud fuése cual suelen pintarla algunos entusiástas, privacion, negacion, esfuerzos frenéticos, dureza y rusticidad, las naciones instruidas jamás serán virtuosas; se hallan en un órden de cosas muy diverso; aprenden, trabajan, adquieren, gozan, y son amigas de los hombres todos, y por estos medios caminan á su felicidad. Y cuando la injusta ambicion y codicia de alguna otra lleguen á empeñarlas en alguna guerra, ¿con el auxilio de las artes, y las ciencias no podrán igualar las ventajas que un Escita saque de su ferocidad, y un Tartaro de su dureza? y en tiempo de paz, en el estado natural



de las sociedades, ¿cual será mas apreciable; la condicion de la bárbara, y guerrera, ó la de la ilustrada y culta? ¿En este estado servirá de algo la dureza, la insensibilidad, y la pobreza? (*)

Cuando la instruccion pudiera en algun caso ser superflua, y por esto perjudicial al Estado,

(*) Las artes y las ciencias han llegado á hacerse esenciales á la organizacion, y existencia de los cuerpos políticos; el gusto del lujo, y de las comodidades ha inspirado el amor del trabajo, que es la fuerza principal de los estados; pues, aunque las ocupaciones sedentarias de las artes hagan á los hombres mas delicados, es menos malo enervar la especie humana bajo el techo de los astilleros que aguerrirla en las tiendas de campaña. Por esta última revolucion en las costumbres se han mudado en Europa las maximas generales de la política; y una nacion pobre no es ya formidable á un pueblo rico é ilustrado. La fuerza anda con las riquezas, y las luces, que ya no son fruto de la conquista, sino del trabajo asiduo y de una vida laboriosa. El oro y la plata solo corrompen las almas ociosas, envilecidas por falta de educacion y de sentimientos nobles, y en recompensa de éste mal ocupan las manos y los brazos del pueblo, excitan la reproduccion en las campañas, y esparcen por el estado un impulso vivificante. Las artes modelan en cierto modo á las naciones, y si algunos oficios las ablandan y degradan, otros las endurecen, y reparan. Si el arte las desnaturaliza, ellas no se repueblan para destruirse en los combates, como las bárbaras naciones de los siglos heróycos. Sea en hora buena un grande espectáculo el que dió Roma, subyugando con el solo arte de la guerra todas las naciones, y quebrantando los vasos de Corinto, y gozando de mas felicidad cuando adoraba los Dioses de barro, que cuando inclinaba su cabeza á las estatuas de oro de sus Emperadores; pero acaso es mas bello el de toda la Europa, poblada de gentes laboriosas, que ruedan sin cesar al rededor del globo para cultibarle y hermosearle; que agitan con el soplo de la industria las semillas que contienen todos los bienes que nos concedió naturaleza; que piden á los abismos del Occeano, á las entrañas de las roeas nuevos goces, y placeres; que vuelven y revuelven la tierra con todas las palancas del genio; que establecen entre los dos emisferios con los felices progresos del arte de na-

de ningun modo lo sería en la constitucion actual de las sociedades, pues formadas de los destrozos y reliquias de otros pueblos, ó por reunion de algunos salvages errantes y vagamundos, incorporaron en ellas los errores, y la ignorancia de su privativo estado. Fué pues necesario cultivar las ciencias para estirpar estos errores, y arrancar del corazon de los hombres aquellas primeras idéas, semillas de sus desgracias, que se les imprimieron en la infancia de la razon y de la vida. Pues, si la Astrología hubiese dado el ser á la supersticion, lo cual está desmentido por la historia, ¿ésta hija bastarda, cómo se la hubiera desterrado, á no haberse perfeccionado la Astrología? Si los crímenes de los hombres hubiesen hecho concebir la jurisprudencia ¿cómo se hubiera quitado la máscara al crímen disfrazado, si de la verdadera y sana jurisprudencia no se hubiesen tomado las reglas de la equidad y la justicia? Y por último, si las pasiones perniciosas hubiesen engendrado la elocuencia, ¿la elocuencia, armada de la razon, y de la verdad, no las combatió, y, presentando la virtud con el semblante mas alagüeño, y los colores mas lisonjeros, no la hizo amable al corazon de los mortales?

vegar como puentes volantes de comunicacion; que juntan un continente al otro, siguen todos los rumbos del sol, traspasan las barreras naturales, van desde los trópicos en las alas de los vientos, y abren todas las fuentes de la poblacion y del placer para verterlas por mil canales por toda la faz del mundo. En este cuadro la Divinidad contemplará con una gustosa complacencia la obra de sus manos, y no se arrepentirá de haber criado al hombre. Tales son los efectos de la instruccion pública, de las artes, y de las ciencias.



¿Resulta de aqui que la instruccion sea necesaria, supuestos los delitos? No; lo es, supuesta la ignorancia y flaqueza de los hombres; supuesto el peligro de errar que de continuo les cerca, ó de cojer el camino del vicio por el de la virtud. Si las ciencias cabilosas y sofísticas, los han pervertido, es necesario arruinar estas fortalezas del error, forzarlas en sus mismos puestos, acometerlas y derrotarlas con las armas de la verdad y de la sabiduría. Si los gobiernos civiles empezaron por la ignorancia y debilidad de los unos, y por la impostura y la fuerza de los otros, el hombre civil debe estudiar la moral, y la política, y precaver con sus luces, funestas consecuencias. Los Lacedemonios, dicen, jamás se aplicaron á estos estudios ¡Ah! dichosos si no los necesitaron. Licurgo, y Minos les habian llebado los frutos sin que ellos se tomasen el trabajo de buscarlos; y por eso las naciones que necesiten arreglar sus leyes, ¿imitarán á Esparta, y esperarán que las venga el código del Cielo? Por último, ¿los efectos de las ciencias igualarán jamás á los perjuicios del error? Si á la blandura de costumbres, si á la dulzura de carácter añadiesen los daños de la ignorancia, serían sin duda las ciencias detestables y dignas de toda nuestra abominacion; pero ¿son acaso tales las que deben entrar en la instruccion de un ciudadano?

¡O razonadores inconsiguientes y de mala fé! Comparais un estado corrompido por el error con otro de puras y sencillas costumbres, que goza de todas las ventajas que proporcionan las ciencias,

sin sufrir ninguno de aquellos abusos, á que estan expuestas; cotejais las ciencias falaces y sofísticas con la ignorancia pacífica, é ilustrada; ponderais las necesidades de las unas, y callais los medios de satisfacerlas; llenais de estúpidos elogios el valor guerrero de las otras, y os desentendeis de sus vicios, y desórdenes; el Tartaro errante y bandolero, el estúpido, y cruel Escita, son unos Catones en la severidad de sus costumbres, y unos Sócrates en la cordura de su filosofía, y para retratar á todos los hombres de las sociedades cultas, sin excepcion alguna, no os queda á quien asemejarlos, sino á la hidra lernea, y á los monstruos que inventaron los póetas.

¿Por qué pues los Reyes justos, y benéficos protegerán las luces, y proscribirán solo las ciencias que son inútiles al reposo, y bien de sus estados? Y ¿por qué al contrario los déspotas feroces, y sanguinarios, persiguieron á los sabios, y á la ilustracion?

Estos minan en el secreto su ruina y destruccion: aquellos forman à su trono el asiento mas firme, y á la felicidad de sus vasallos la basa mas segura, é indestructible. ¿Cómo pues, siendo tan á proposito las ciencias para enervar el valor de los súbditos, ningun usurpador, ningun tirano habrá dado en este sublime rasgo de política, y en lugar de soldados, y cadahalsos, no les habrá sujetado con libros y con ciencias? Felices pues las luces que, cubriéndolas de flores y guirnaldas, hiciesen llebaderas las cadenas de una irremediable esclavitud, y proporcionasen á la afligida humanidad este pequeño alivio; pero una, y mil veces mas felices las que le diesen luz para verlas, alma para sentir su cobarde infamia, valor y medios de recobrar su libertad, é independencia, para quebrantar el cetro de hierro que les abruma.



¡O legisladores de las naciones, árbitros de su prosperidad, y sus destinos! Protejed las ciencias y la instruccion: no temais que debiliten las fuerzas del estado, ó que los súbditos huellen vuestros derechos, una autoridad que les proteje, y un trono, á cuya sombra gozan de las delicias de las artes, y de los placeres de la vida social. Pero escuchad la débil voz de quien en su retiro osa llamar vuestra atencion para deciros que casi todo cuanto se decora con el titulo de ciencia, no es mas que delirio de sectas y facciones, extravagancia de la razon, disfraces artificiosos de los intereses de algunas clases del estado, vanidad, y afliccion de espíritu: permitid que los sabios lo den á conocer; que quiten la máscara al error, y pongan patente á los ojos de todos el vano simulacro de ciencia que recibe las veneraciones de los incautos: calculad bien vuestros intereses, y los de las naciones que presidís: no gradúeis los favores que os digneis dispensar á los sabios, sino por los beneficios que éllos atraygan al Estado; mirad que es mucho mas ventajoso el que se sepa abrir un surco en la tierra, que descubrir el rumbo de un cometa por el Cielo. Cohartad con disposiciones sabias el prodigioso número de ciudadanos, que en

tropel caminan al templo de la sabiduría, abandonando miserablemente el cultivo de los campos, y el importante ejercicio de las artes; y creedme una vez, todos los perjuicios de la instruccion tienen su orígen en la intolerancia de los que habian usurpado el respetable nombre de sabios; en aquella clase de gentes que, sin talento, disposicion, ni gusto, se dedicaban á la carrera de las ciencias, de que sacaban orgullo solo, charlatanería, el entendimiento pervertido, y el corazon depravado. Estos son los que mantenian el ruinoso imperio del error, y perpetuaban los males sobre que libraban una subsistencia, impíamente arrebatada al ciudadano útil: estos los que mantenian el velo de la ilusion en la necia, y miserable plebe que los admiraba.

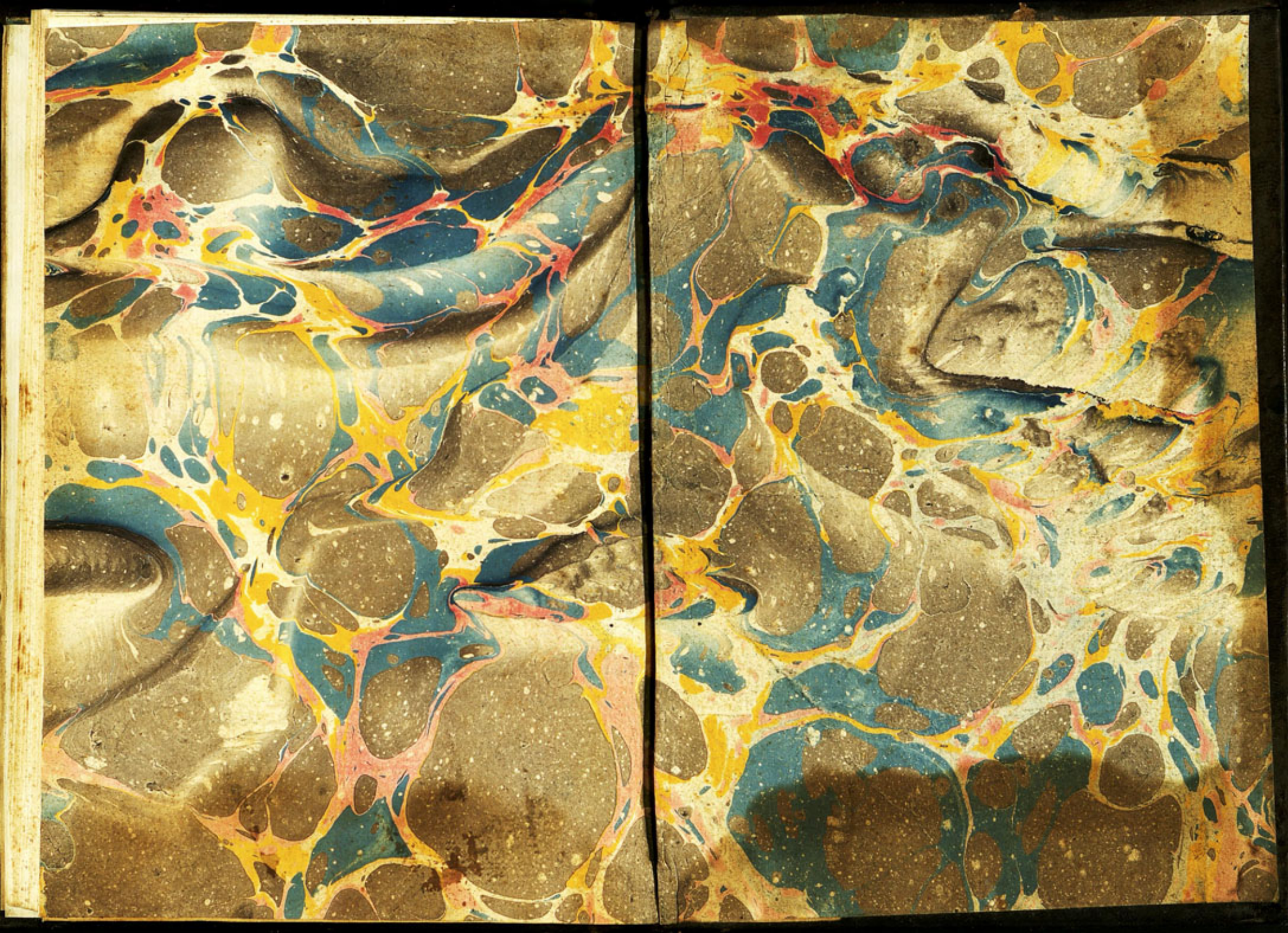
Vosotros, sabios profesores de las ciencias, cuyo noble destino debe ser el promover los conocimientos útiles, y consagrar á las letras monumentos, que den honor á la patria; que, elevados por vuestra rectitud y vuestras luces, sobre las preocupaciones del error, y sobre los viles intereses á que ordinariamente se prostituyen los talentos, podeis dirigir la opinion pública á el justo aprecio de la verdadera sabiduría; que podeis consolar á la virtud de que el vicio, cubierto con engañosas apariencias de utilidad, se presente altivo, y triunfante á recojer los respetos y veneracion que se la deben; que conoceis los funestos males de aquella falsa instruccion que conservando las ciencias en un atraso lastimoso, ha logrado



alejar del hombre la verdad, dignaos levantar la voz, y que el error cobarde y solapado tiemble en vuestra presencia; que la patria no os impute algun dia los daños que por el estado miserable de la literatura, y de las ciencias, padece su felicidad. Ya sois libres: la patria necesita de vuestras luces: vuestras luces protejidas por un gobierno que las ama, estendiendose por toda la nacion, harán su gloria y su prosperidad.

¡O verdad, compañera inseparable de la virtud, de la justicia, y de la felicidad! Desciende de esos lugares inaccesibles, adonde por desgracia te has refugiado; ven á poséer el corazon del Español generoso, que te invoca; disipa las funestas preocupaciones que ejercen en su alma un tiránico imperio, que le envilece; y entónces haremos ver á todo el mundo, que España puede ser poderosa, siendo sabia, é ilustrada, sin ser corrompida.

## Erratas.

Pag. 6 lin. 6. *barbaro placer para hacer rendir al subdito*, lease, *el barbaro placer de hacer rendir al subdito.*
Pag. id. lin. 7. *bajo un*, lease, *baxo de un.*
Pag. 17. lin. 4. *cultivando*, lease, *cautivando.*
Pag. 26. lin. 29. *palpitando*, lease, *palpando.*
Pag. 27. lin. 16. *llevarles*, lease, *llevarlos.*
Pag. 28. lin. 29. *donde*, lease, *de donde.*
Pag. 51. lin. 3. *entorpecimientos*, lease, *entorpecimiento.*
Pag. 54. lin. 9. *pasiones*, lease, *prisiones.*
Pag. 56. lin. 27. *remedios de conseguirlo*, lease, *medios de conseguirlos.*
Pag. 59. lin. 3 de la nota, *vejed*, lease, *vejez.*
Pag. 60. lin. 25. *su soberano*, lease, *sus soberanos.*
Pag. 67. lin. 8. *obstaculo*, lease, *obscuro.*
Pag. id. lin. 13. *las razas venideras*, lease, *á las razas venideras.*
Pag. 70. lin. 7. *y la lisonja*, lease, *y á la lisonja.*
Pag. 74. lin. 28. *la cabe*, lease, *cabe.*

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
SALAMANCA